

REVISTA COAHUILLENSE DE HISTORIA

SEGUNDA ÉPOCA NÚM. 67 NOV. - DICIEMBRE 1997

Publicación Oficial del

COLEGIO COAHUILLENSE DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Registro postal y de la H. C. Calificadora de Libros
y Revistas en Trámite.

Impreso en los Talleres del propio Colegio
Apartado Postal 648 Teléfono (LADA 91-84) 12-54-12

Precio del ejemplar, M.N. \$15.00.
Suscripción por un año, \$90.00.
Para el extranjero, U.S. Dlls. 2.00 el ejemplar.

Tiro de hoy 1,000 ejemplares.

Administrador: Francisco García Ordóñez.
Saltillo, Coahuila, México

COLEGIO COAHUILLENSE DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

PRESIDENTE: Oscar Flores Tapia
SECRETARIO: Jesús Alfonso Arreola Pérez
OFICIAL MAYOR: Patricia Pérez Hinojosa

MIEMBROS FUNDADORES DE NÚMERO

ACTIVOS

ARREOLA PÉREZ Jesús Alfonso
CANALES SANTOS Alvaro
CÁRDENAS VILLARREAL Carlos
CORDERO MARTÍNEZ Javier
ESPINOSA MIRELES Gustavo
FLORES TAPIA Oscar
FUENTES AGUIRRE Armando
GÓMEZ VILLARREAL Humberto
GONZÁLEZ MILLER Pablo
MONCADA GARZA Arturo
OROZCO MELO Roberto
ROBLEDO LUNA Gabriel (Parras)
SUÁREZ José María
VILLARREAL LOZANO Javier
SANTOSCOY María Elena

AUSENTES ☹

BARRERA FUENTES Florencio ☹
BERRUETO RAMÓN Federico ☹
BOSCH PARDO Wifredo ☹
CAMPOS AGUILAR Casiano ☹
CUÉLLAR VALDÉS Pablo Mario ☹
DÁVILA AGUIRRE José de Jesús ☹
GONZÁLEZ NAÑEZ Federico Leonardo ☹
GUERRA ESCANDÓN Javier ☹
LEVY AGUIRRE Abraham ☹
MENCHACA HERNÁNDEZ Dani ☹
RAMOS GONZÁLEZ Ismael ☹
RECIO FLORES Sergio ☹
SÁNCHEZ JIMÉNEZ Melchor ☹
VALDÉS, José de la Luz ☹

MIEMBROS HONORARIOS

CAVAZOS GARZA Israel
REYES AURRECOCHEA Alfonso ☹

.....
EL VALOR DE LA CONSTITUCIÓN DE 1857 EN LA HISTORIA DEL
DERECHO
ALBERTO GUILLEN.
.....

Perfil de un Hombre

Federico Berrueto Ramón

Por: *Francisco Rodríguez G. (1958)*

Siempre ha sido satisfactorio para mí escribir sobre los auténticos valores humanos de esta tierra de próceres de la libertad, donde nacieron y seguirán naciendo hombres de sangre bravía, cuya voz se ha hecho escuchar aquí, en la Metrópoli y allende los mares, para señalar derroteros en la vida social, política, económica y laborante de Coahuila y de México.

Uno de esos valores contemporáneos es Federico Berrueto Ramón, de diáfana trayectoria, de actuación polifacética y siempre dentro de los dictados del derecho humano, puesto que descende de familias forjadas en la lucha de brazo partido con la vida, es decir, no nació en “pañales de seda” y por eso mismo conoce los afaneres del obrero y del campesino, desde el México prehistórico hasta nuestros días; por eso ha sabido aquilatar, conforme al derecho humano, las actuaciones de la gran mayoría de los integrantes de nuestro amado México, raza descendiente del inconmensurable, del inmortal Cuahutémoc y del abnegado, valiente y patriota Don Pelayo, cuyas sangres se fundieron para siempre en el beso inefable de doña Marina y don Hernando.

Conocimos a Berrueto Ramón hace treinta y cinco años, tenía poco tiempo de haberse iniciado en la sublime labor magisterial y aunque ya tiempo de haberse iniciado en la sublime labor magisterial y aunque ya conocía la vida del obrero y del campesino, pudo comprobarla al contemplar a sus primeros discípulos allá en el norte de Coahuila, donde los mineros laboran a varios cientos de metros bajo la superficie de la tierra, para arrancar las riquezas naturales, la hulla que sirve para obtener el coque y que a su vez alimenta las grandes fundiciones de fierro y acero de México y del continente; donde el trabajador del agro arranca a la tierra sus frutos, actuando bajo los rayos abrasadores del sol. Allí fue donde Berrueto Ramón se inició en sus labores didácticas y societarias; y aunque ambas estaban autorizadas plenamente por la Constitución de 1917, su actuación ante los obreros y campesinos era mal vista por los poderosos terratenientes y sempiternas expoliadores de los mal llamados “desheredadas de la fortuna”, ya que los hacían creer en un muy discutible destino, señalado por el Supremo Creador del Universo, actividad que resta valor a la Divinidad, porque las filosofías conocidas nos lo presentan como Justo Juez, especialmente en el Monte Sinaí donde Moisés recibe la “Tablas de la ley”.

Y Federico Berrueto Ramón, por defender al obrero, al minero y al campesino, sufrió prisión en Monclova donde lo entrevistamos a nombre de “Exelsior”, de la Metrópoli y de el “Sol” de Monterrey. Esto no le arredró al defensor de la ley, pues únicamente quería que ésta se cumpliera con los obreros y trabajadores en general, que para esto se lanzó a la lucha don Francisco I. Madero y más tarde don Venustiano Carranza, dos coahuilenses ilustres, cuya trayectoria por la vida de la Nación está señalada como una estela luminosa e indeleble, indicando la senda que hemos de seguir todos los amantes de la libertad y de la justicia.

Pero sigamos el camino social de Berrueto Ramón. Cuando un juez ecuanime conoció el motivo de la prisión, no encontrando los méritos suficientes para ella, dictó la orden de soltura: se iniciaba en firme la redención de los “desheredados” plasmada en la Carta Magna de Querétaro, que tanta sangre costó a la nación para que los simples caprichos de quienes se han sentido humanamente mejores a la gran masa de mexicanos, la hicieran negatoria, deteniendo el progreso del país, que

tiene derecho, como todos los que integran el concierto universal de las naciones, a caminar en la senda del bienestar social material y espiritual de sus componentes.

Continuó nuestro biografiado en la lucha societaria para la completa liberación del trabajador, usando para ello la tribuna y las aulas de educación superior en la Gloriosa Escuela Normal para Profesores del estado de Coahuila, donde, siendo Director del Plantel, lo encontramos en 1928 con motivo de nuestra actividad reporteril para el “diario del Norte”, periódico que dejó de publicarse en mayo de 1939. Sus conceptos serenos pero enérgicos fueron acogidos siempre por este diario, pues muy apesar de tener solicitudes para otras publicaciones de mayor valía en el País, prefirió el humilde diario provinciano para externar las enseñanzas ante los lectores de su estado natal, sin descuidar sus labores docentes en los planteles superiores de esta capital.

Federico Berrueto Ramón es un enamorado incorregible de su solar nativo, pues nunca lo ha abandonado para residir en otra parte del País, ya que cuando el pueblo lo ha llevado a representaciones federales, ha estado en la metrópoli solamente el tiempo necesario para cumplir con sus deberes ciudadanos, regresando los suyos, volviendo a sus cátedras para continuar en la lucha, impartiendo las enseñanzas que se necesitan para solidificar la estructura social y económica de esta Patria chica de sus amores, parte integrante e indivisible de la federación mexicana, que cada vez más se significa en el concierto de las naciones cultas del planeta, donde son conocidas sus actividades fabriles, educativas, económicas, artísticas, agrícolas, sociales y políticas.

Pero haciendo un pequeño parentesis y dando una ligera mirada retrospectiva, lo vemos ante aquella compacta multitud que llenó completamente la plaza Independencia y sus alrededores, pronunciando su candente, sereno, enjundioso y patriótico discurso, para señalar ante el mundo que Coahuila se solidarizaba con el Presidente de México, Gral. Avila Camacho, al declarar la guerra a la Alemania de Hittler; para decir que los coahuilenses estábamos de pie y en posición de ALERTAS, para defender los derechos inalienables de la Patria que nos legaron nuestros mayores, así como lo demostró aquel otro coahuilense en los cerros de Loreto y Guadalupe, don Ignacio Zaragoza, cuando les vio la espalda a los soldados más valientes del mundo, cuyos directores no creyeron en la amenaza de otro inmortal y preclaro coahuilense don Juan Antonio de la Fuente, cuando en el palacio de las Tullerías les anunció... “Mi Patria es invencible”.

Coahuila siempre se ha distinguido por sus rebeldías ante las injusticias de los poderosos; y fue al que este glorioso Estado al que el ferreo dictador, Gral. Díaz, vio con respeto y admiración. Porque ya conocía a sus hombres, entre quienes estuvo el Lic. don Tomás Berlanga, que cuando formó parte de la Cámara de Diputados, alzó su voz valiente y clara para protestar por el desgobierno y desmanes de Garza Galán, voz que se escuchó en todos los ámbitos del Palacio Nacional y del Castillo de Chapultepec, terminando así la satrapía del que suponía a Coahuila como su feudo particular. Y fueron coahuilenses también quienes derribaron al Dictador de treinta años y a los traidores santannistas del presente siglo, los magnicidas presididos por el dipsómano Victoriano Huerta.

Ahora, estamos seguros, irá Federico Berrueto Ramón a representar a Coahuila en la Cámara de Senadores; nuestro Estado estará dignamente representado por este auténtico valor cultural, maestro de numerosas generaciones y totalmente coahuilense, por nacimiento y por arraigo; en el recinto legislador si escuchará la autorizada voz de Berrueto Ramón, porque conoce palmo a palmo el territorio que lo envía, porque sabe de las alegrías y sinsabores de los coahuilenses, porque conoce las necesidades de todos los sectores que integran el Estado y porque lleva estereotipada en su alma la idea perenne de progreso de Coahuila y de México.

El Presidente de la República Don Benito Juárez en Monterrey

Por: *José P. Saldaña*

Para explicar las dos visitas de don Benito Juárez a Monterrey, la primera de tres días y la segunda durante cuatro meses, es necesario analizar, aun cuando sea en rápida visión, el panorama que prevalecía en el país.

Debemos remarcar lo que significaba para Juárez la amistad y la cooperación de don Santiago Vidaurri, cuadillo absorbente, enamorado de sí mismo, pero que, a pesar de sus defectos, había contribuido en forma extraordinaria al triunfo de la causa liberal, y constituía un baluarte de inestimable valor en el noreste, como, en caso contrario, significaría un serio tropiezo para la defensa de la República.

La época, 1864. fue una de las más aciagas por las que ha pasado nuestra nación. Las fuerzas extranjeras integradas por franceses y austríacos en su mayoría, en número de 70 mil hombres, bien armados, veteranos en el arte de la guerra, haciendo causa común con el ejército comandado por los generales enemigos del Gobierno liberal, habían logrado dominar la mayor parte del País.

En la amplitud del territorio nacional se combatía en condiciones desiguales, en cuanto a elementos de guerra. Los invasores disponían del mejoramiento de la época, y del dinero necesario para sostener los gastos de la guerra. A su lado militaban generales mexicanos valientes y experimentados, jefaturando varios miles de soldados.

En cambio la situación de los republicanos era poco menos que desesperada. Después del triunfo glorioso del 5 de Mayo, acreditado al valor, estrategia y patriotismo del Gral. Ignacio Zaragoza, que tuvo como escenario la ciudad de Puebla, por cada triunfo y fueron coahuilenses también quienes infligieron varias derrotas.

Obligado el Presidente Juárez a abandonar la ciudad de México, en penosa peregrinación llegó a San Luis Potosí, en donde estableció los Poderes del Gobierno.

Desde este lugar continuó la guerra con su inquietable decisión de triunfar. Necesitaba disponer de cuantos recursos le fuese posible, y considerando comprometida su situación militar decidió avanzar hacia el norte.

Sobre sus mermados contingentes marchaban tropas francesas y mexicanas bien pertrechadas, ansiosas de aniquilar la fuente misma de la oposición imperialista.

Preparando el ánimo del caudillo fronterizo don Santiago Vidaurri, le había escrito Juárez. Hacía tiempo que la actitud de Vidaurri no encuadraba con la situación delicada de la República. A todo requerimiento de ayuda contestaba con evasivas. No se podía contemporizar ya con situación tan ambigua.

En la guerra de la Reforma, Vidaurri había desempeñado importantísimo papel en defensa de las instituciones liberales, emanadas de la Constitución de 1857. Sus soldados, comandados por los generales Juan Zuazua, Mariano Escobedo, Francisco Naranjo, Jerónimo Treviño, Silvestre Alamberri, Lázaro Garza Ayala, Juan Doria, Julián Quiroga, Pedro Martínez... habían recorrido a lomo de caballo el interior y el sur del país conquistando triunfos decisivos.

La personalidad de don Santiago Vidaurri adquirió relieves de caudillo nacional, al grado de ser proclamado como uno de los más egregios políticos. Así lo exaltaban en la prensa y en la tribuna del Congreso de la Unión, los más conspicuos liberales, como don Ignacio Ramírez, don Francisco Zarco, don Manuel Altamirano, don Guillermo Prieto...

Tenía Juárez enfrente un problema serio, que no podía soslayar. Necesitaba saber a ciencia cierta si contaba en la gran empresa de salvar al país con Vidaurri. Sus dudas se acrecentaban a medida que transcurría el tiempo. Había recibido instancias de Vidaurri, fundadas en consideraciones que a su entender eran de gran importancia, para que retardara su visita a Monterrey.

La actitud de Vidaurri se encauzaba hacia una neutralidad imposible. Como gobernador de Nuevo León y Coahuila, había luchado denodadamente por mantener la paz y procurar el bienestar de la comunidad, y aducía, como razón fundamental, que en las pasadas contiendas había sacrificado a la población proporcionando millares de combatientes, y gran cantidad de armas y parque.

Pero no se trataba de discutir si la población y él mismo merecían la tranquilidad y la paz. El enemigo venía en plan arrollador, no quedando más que esta alternativa: guerra o sumisión.

La posición de Vidaurri, al pretender quedar al margen de la contienda, era absurda, carente en absoluto de lógica. Puede explicarse como un recurso dilatorio; pero llegaría fatalmente el momento de tomar una decisión categórica.

Para Juárez no tenía sentido aquella actitud. Seguramente que Vidaurri veía perdida la causa republicana, mas, como había contribuido para su estabilidad con un excepcional espíritu de fidelidad a los principios liberales, no le era fácil desertar. Sin embargo todo hacía presumir que no tenía el propósito de emprender una nueva aventura.

Si pues las presunciones, basadas en la irregular conducta de Vidaurri hacia Juárez, lo situaban más inclinado al Imperio que a la República, lo indicado hubiera sido proceder en su contra desde luego.

Tal actitud no se escapaba a la penetración de Juárez, y a sabiendas de que tendría que llegar el momento de combatir a su viejo amigo, quiso agotar los recursos conciliatorios.

Salió Juárez de San Luis Potosí el 22 de diciembre de 1863 rumbo a Monterrey, a pesar de la opinión contraria de Vidaurri. La fuerza armada estaba al mando del Gral. Manuel Doblado y constaba de 1,500 hombres. Formaban en la comitiva los Ministros Miguel Negrete, de Guerra; Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, de Relaciones y Gobernación; y Lic. José María Iglesias, de Hacienda; desmedrado Ministerio, que en nada afectaba a la entereza de Juárez, como Presidente.

No se trataba de hacer una demostración de fuerza militar. Más se acercaba aquella expedición, que debía pasar por pueblos pobres y abandonados, y por largas etapas desérticas, a una huída que a una marcha triunfal.

A la retaguardia el enemigo acechaba los movimientos de Juárez con la intención de batirlo y aniquilarlo. Al frente el desierto, y lo que pudiera ser un oasis cuatrocientas leguas hacia el norte, era dominado por un gran cacique de quien no podía confiarse.

La caravana, a pesar de todo seguía adelante obedeciendo a la inquebrantable decisión, del carácter monolítico de Juárez

El día 9 de enero de 1864 hizo su entrada a Saltillo y ese mismo día el Presidente Municipal comunica la noticia a Vidaurri, diciéndole que se tributaron a Juárez los “homenajes y consideración que merece por el alto puesto que desempeña”.

A partir de este momento los acontecimientos se precipitan. El celo, por una parte, de mantener en vigor el principio de autoridad, y por la otra, la sobre estimación de merecimientos personales, forman una barrera difícil de salvar.

Para cuando Juárez llegó a Saltillo, Vidaurri, con fecha 2 de enero, había expedido una proclama llamado al pueblo a las armas, alegando la inseguridad en la paz, las depravaciones cometidas por “bandoleros que bajo el nombre de guerrilleros intervencionistas, ejercen el robo y toda clase de excesos, con deshonra de su patria”.

Pero resulta que esta actitud obedeció, más que a precaverse de los bandoleros, a prepararse contra Juárez.

Una de las primeras providencias de Juárez fue la de comunicar a Vidaurri que en vista de la situación prevaleciente, la administración de las aduanas de Nuevo León y Coahuila quedarían bajo la responsabilidad directa de la Secretaría de Hacienda. Esta medida causó enorme disgusto a Vidaurri, por los perjuicios económicos que le causaba y se dispuso a sabotearla.

Hubo cambio de numerosas comunicaciones, sin que cediera en nada Juárez. Las dificultades por supuestos aumentaban, pues Vidaurri, con insistencia semejante, se oponía al cumplimiento de las órdenes de Hacienda.

En estos y otros pormenores de no menor importancia se pasó el mes de enero. Como nada se avanzaba con el cambio de notas escritas, Juárez dispuso salir rumbo a Monterrey, llegando a Santa Catarina el día 10 de febrero.

Para el efecto de calmar los ánimos el Gral. Doblado pasó a Monterrey, hablando con Vidaurri, asegurándole que venían en plan amistoso con el deseo de arreglar todas las dificultades.

Vidaurri se movía en un mar de prejuicios. No sabía qué camino seguir. Hallaba de la defensa de la Patria, y cuando se le ofrecía un lugar de honor en la contienda lo rechazaba alegando nimiedades. Con tal espíritu, lo que debía ser sencillo y cordial, lo transformaba en complicado y enojoso.

Al día siguiente avanzó Juárez hacia Monterrey, reforzada la fuerza armada con 2,000 hombres más al mando del Gral. Antillón. A la altura de San Jerónimo lo entrevistó el Gral. Doblado, informándole sobre la nueva plática con Vidaurri, quien insistía en que se aplazara la entrada del ejército hasta después de los arreglos que tuviesen.

No fue del agrado de Juárez aquella demanda; pero suponiendo que se romperían las hostilidades de seguir adelante dispuso que pernoctaran las tropas en San Jerónimo, y él y sus Ministros pasaron la noche en la casa conocida con el nombre de El Mirador, situada al poniente de la calle Hidalgo, que venía a ser la prolongación de la carretera San Jerónimo.

Para el caso, y por las dudas, Vidaurri concentró en la Ciudadela 22 piezas de artillería, parque y víveres en abundancia.

Al día siguiente, 12 de febrero, la expectación en la ciudad era enorme. Habían trascendido las dificultades entre el Presidente y el Gobernador. La entrada de Juárez adquiriría relieves especiales. El cielo estaba nublado contribuyendo psicológicamente a acentuar la intranquilidad.

A eso de medio día se inició el desfile de las tropas, que resultó deslucido por la lluvia parte de la frialdad de la gente, que no acertaba cómo conducirse.

El recuerdo de un testigo presencial de los hechos agrega a este relato una nota de vivo colorido. Transcribo, de un artículo publicado en Renacimiento del 25 de marzo de 1906 suscrito con las iniciales. F. E. R. la parte tiernamente humana de quien, siendo niño, vio lo que para siempre se grabó en su corazón: “En esos momentos una gritería atronadora dejóse oír hacia el lado de la calle de Bolívar, y en él recodo que ésta hace antes de desembocar la plaza dicha, se destacó una carretela tirada por dos mulas de grande alzada, a la que seguían como una media docena de coches. Nos unimos a la multitud y corrimos tras el primer vehículo en todo el trayecto, de la calle del Roble a la de Galeana, hasta la casa del señor don Manuel Z. Gómez, donde hizo alto la comitiva. Como llegamos simultáneamente con el coche pudimos observar todo cuanto allí pasó: descendieron de los asientos delanteros dos caballeros en quienes reconocimos después a los señores don Vidal de la Garza Mireles a don José María de la Garza, ambos regidores del Ayuntamiento y que formaban parte de la comisión nombrada por este cuerpo para ir hasta la casa del señor don Juan López Peña, conocida comúnmente con el nombre del “Mirador” y donde había pernoctado el señor Juárez y su comitiva, para acompañarle en su entrada a la ciudad.

“Observamos que estos caballeros al pisar la banqueta de la casa se descubrieron respetuosamente, y eso nos hizo adivinar que tras ellos descendería la majestad del señor Juárez, que encarnaba en esos momentos la causa de la República. Así fue, lentamente bajó del coche un hombre de mediana estatura, robusto, de color bronceo, de ojos vivos y penetrantes, y que con una mirada abarcó inmediatamente cuanto le rodeaba. No es posible explicar la emoción que todos los corazones experimentan a la presencia de aquel hombre, tan modesto en su porte y ademanes, como grande en sus patrióticos hechos: no creíamos tener la vista al hombre que desde las flaquezas de Comonfort había levantado y sostenido con sin igual entereza el estandarte de la República”.

Ya en la casa del Lic. don Manuel Z. Gómez, Juárez se puso en comunicación con Vidaurri para dar termino a la ya muy larga controversia. No cabían taxativas, explicaciones ni promesas, puesto que las tropas imperialistas venían rumbo a Monterrey después de pasar por San Luis Potosí. Alargar la inestable situación era tanto como perder un precioso tiempo que aprovecharía el enemigo.

Fue así como en recados que van y vienen de la Ciudadela a la casa ocupada por Juárez, se pasaron los días 12 y 13 y la entrevista no se realizaba. Por fin el día 14 Vidaurri acudió a la cita después de cumplimentarse sus deseos de que saliera la tropa armada de la ciudad, que había llegado con Juárez. Esa esperada entrevista, que significaba la posibilidad de un arreglo, resultó un fracaso, al grado de que, apenas transcurridos diez minutos, se levantaron ambos personajes de sus asientos y se despidieron en forma por demás fría. Juárez expresó a Vidaurri que se retiraba a Saltillo

esperando que las cosas fueran cediendo en su gravedad para ver de encauzarlas de manera conveniente para los intereses de la Patria.

En realidad Vidaurri buscaba motivos para prolongar la situación y posiblemente él mismo no sabía por qué ni para qué, pero era indiscutible que no había tomado una decisión firme en su actitud. ¿Seguiría a Juárez en su aventura de salvar al país de la invasión francesa? ¿Echaría en olvido sus luchas de años y años en las filas liberales en donde tantos lauros había conquistado, y significado la admiración y cariño de los habitantes del norte? ¿Qué conflictos interiores atormentaban el alma de Vidaurri?.

Por lo pronto, Vidaurri esperaba acrecentar sus fuerzas con las que traían los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga, próximos a llegar a la ciudad. Y con ello probablemente alimentaba la idea de convencer a Juárez para seguir usufructuando el Estado de Nuevo León y Coahuila como cosa propia, aun cuando, en honor de la verdad, confundía Vidaurri sus propios intereses con los del pueblo, ya que todo lo que obtenía era derramado en el bienestar de la comunidad.

Por su parte Juárez, con un sentido práctico, que le daba su larga experiencia en el campo de las operaciones militares y sabedor de que llegarían de un momento a otro fuerzas del Gobernador, tomó la decisión de alejarse de Monterrey, con la esperanza de regresar pronto en condiciones de obtener la victoria por las buenas o por la fuerza.

El coche presidencial se alejó por la calle de Bolívar para seguir minutos después por la calle Real, hoy Hidalgo. De ahí en adelante continuó por San Jerónimo, chapoteando en los inmensos lodazales que se habían formado con la lluvia. Más allá San Pedro, Santa Catarina, la cuesta de los Muertos, Ramos Arizpe y Saltillo.

Todavía no salvaba Juárez los linderos de la ciudad cuando hicieron su entrada las tropas vidaurristas, comandadas por los generales Pedro Hinojosa y Julián Quiroga. Este inquieto guerrillero, famoso por sus cargas de caballería, quería atacar a la columna de Juárez; pero Vidaurri detuvo sus ímpetus.

¿Puede llamarse a esto visita presidencial. En cierto sentido sí, porque Juárez, en su carácter de Presidente de la República, pisó tierra regiomontana.

Cierto que no se le recibió con los honores protocolarios, ni con los festejos acostumbrados en tales casos; pero ello obedecía a las circunstancias extraordinarias que privaban.

¿Y el pueblo en general? Su actitud pasiva se explica desde el punto de vista de los sentimientos. La obra de Vidaurri hasta entonces había sido de tal magnitud, que no obstante sacrificios de los habitantes del Estado, para hacer frente a las exigencias de las continuas guerras, se le respetaba y se le quería como un gran caudillo.

De pronto se presenta el distanciamiento, y surgió la pregunta: ¿con quién? Los sentimientos obraron de inmediato para después imponerse el cerebro.

El vidaurristismo rápidamente se eclipsó. Los más adictos militares que habían actuado al mando de don Santiago pusieron sus espadas al servicio de la República que abanderaba don Benito Juárez.

Con cuánta elocuencia dice al respecto el Lic. Nemesio García Naranjo (El Porvenir, Feb. 5–1954): “En síntesis, para Lampazos que era vidaurrista, aquella crisis fue motivo de duelo, que no obscureció la ruta del deber, pues todos aquellos hombres supieron ser leales a la causa republicana,

con el mérito supremo de que su lealtad significaba un inmenso sacrificio. El pueblo se cubrió de crespones, pero no por ello dejó de ser patriota. Ningún otro lampacense se adhirió al imperio, pero todos ellos vieron el derrumbamiento de su caudillo con sabor amargo en la boca y lágrimas en los ojos. En aquel momento terrible, debo rendirle un homenaje muy especial a mi abuelo materno, don Felipe Naranjo, el segundo padre de su hermano menor el general Naranjo a quien aconsejó acertadamente para que tomara la debida orientación”.

Quedan pues los campos definidos: Juárez, a nombre de la defensa de la Patria, en Saltillo; Vidaurri, en su falsa posición de mantener la paz en Nuevo León y Coahuila, en Monterrey.

Veamos, en rápida incursión histórica, lo que después sucedió.



Instalado Juárez en Saltillo de nueva cuenta, después de cambiar impresiones con sus ministros, tomó la decisión de romper con Vidaurri.

Al mismo tiempo en Monterrey aumentaba la intranquilidad, y en tanto Vidaurri precipitadamente hacía acopio de elementos de guerra, el pueblo reaccionaba a favor de Juárez.

El problema para Vidaurri radical en mantener fuera de la contienda internacional a Nuevo León y Coahuila, lo que resultaba imposible. Ni lo aceptaba el Gobierno Republicano, ni lo aceptaría el imperio de Maximiliano. Siendo parte de la Nación el territorio gobernado por Vidaurri tenía forzosamente que sufrir las consecuencias de la guerra.

En esta falsa situación se vio Vidaurri arrastrado hacia la contienda general, y desafortunadamente para él y para el país, por inercia, ocasionada por un malentendido principio de neutralidad, su poder, su prestigio, todo, quedó subordinado a servir a una causa contraria a los ideales por los que había luchado con denuedo durante toda su vida política y militar.

Su agresividad, contenida en buena proporción por la lucha interna de su guerra. Envío carta circular a sus amigos y a las autoridades municipales informándoles de los últimos sucesos, y de sus propósitos de hacer frente “a la ruina que amenaza al Estado de parte de la desmoralización y vandalismo que acompaña la presencia del gobierno de la nación”.

Ya en esta pendiente ordena a los presidentes municipales que, si algunas personas acuden a los pueblos a dictar o ejecutar órdenes del Gobierno Federal, sean aprehendidas.

Sin embargo, no muy seguro de sí mismo, envió a Juárez en comisión al Sr. Ignacio Basadre y al Gral. Pedro Hinojosa, portadores de un pliego en el que Vidaurri proponía su separación del gobierno del estado, con la condición de que a nadie se persiguiera; que la oficialidad y la tropa quedaran en libertad de seguir en el servicio o retirarse.

Los comisionados fueron detenidos a las puertas de Saltillo por órdenes del Gral. Miguel Negrete, Secretario de Guerra, quien les comunicó que no serían recibidos por el señor Presidente. En esa situación hicieron entrega de la comunicación de Vidaurri.

La contestación la dio por escrito el Gral. Negrete por instrucciones de Juárez. En tono seco, enérgico, contundente se le decía a Vidaurri habiéndose rebelado contra el Gobierno Nacional para inodarse en el crimen de traición a la patria, y llevar adelante sus inteligencias y maquinaciones con el invasor extranjero... -no puede oír proposiciones de arreglo, ni aceptar más que la completa

sumisión a la ley, sin condiciones de ninguna clase, que nunca son admisibles cuando se trata de la causa de la independencia de la República”.

Los comisionados fueron puestos en libertad, llevando a Vidaurri la noticia de su definitiva eliminación de la causa constitucionalista.

Hago omisión de los pormenores que tuvieron lugar durante el tiempo transcurrido del regreso de Juárez a Saltillo y de su retorno a Monterrey. Por su categoría es de encajonarse el decreto expedido por Juárez el 26 de febrero disponiendo la separación de Nuevo León y Coahuila, lo que ocasionó a Vidaurri una depresión moral tremenda, acompañada de la pérdida económica que significaban los productos de la Aduana de Piedras Negras.

Como mi propósito es el de hacer referencia a la estancia de Juárez en Monterrey, no ahondo en todo cuanto se refiere a la época; pero tampoco es posible suprimir los elementos informativos que nos coloquen en condiciones de apreciar el panorama que prevalecía.

El día 3 de abril hace Juárez su entrada a Monterrey. El día anterior había desfilado por las calles engalanadas con gallardetes y banderas tricolores, el general Negrete, al frente de las tropas. El día 29 de marzo evacuó la plaza Vidaurri al frente de mil hombres armados. Su salida daba la impresión de quien se aleja sintiéndose derrotado. Por Piedras Negras se internó en Texas junto con Quiroga, dispersando a sus soldados, a quienes se les decía que estuviesen listos por si se necesitaban sus servicios.

Pero vamos a lo que ya puede llamarse visita, la que se prolongó hasta el 15 de agosto.



Encuentra Juárez en Monterrey un ambiente acogedor. Su entrada la hace en medio de las aclamaciones del pueblo, que ha decidido en forma radical su simpatía por quien representa la integridad nacional. Se desvanece más rápidamente de lo que podía suponerse la admiración que existía hacia Vidaurri. No se escuchan los acostumbrados “muera” para el caudillo que huye; pero se acrecienta día a día el divorcio entre él y el pueblo que lo admiraba.

El licenciado José Ma. Iglesias, ministro juarista, a partir de 1862 redacta crónicas de cuanto sucede en el país y en el extranjero sobre la Intervención Francesa. Bajo el título de “Revistas Históricas” son publicadas y distribuidas en la mejor y más amplia forma posible. Sobre la entrada de Juárez a Monterrey dice:

“Pero reorganizar la administración pública en Nuevo León, el supremo gobierno ha venido del Saltillo a Monterrey, donde se le ha recibido con positivo entusiasmo, esmerándose la población en las demostraciones de regocijo con que ha solemnizado la llegada del primer magistrado de la nación. Las autoridades y varios de los principales vecinos salieron a recibirlo a una legua de distancia de la ciudad. Las casas estuvieron adornadas, de día con cortinas, y con luces por la noche. En el tránsito para palacio, de muchos balcones arrojaron las señoras flores y ramilletes. Los aplausos, los vivas, la alegría popular, demostraron la espontaneidad de la recepción, bien distinta de las que proceden de órdenes oficiales. El ayuntamiento y el vecindario dieron al presidente y sus ministros, en el teatro del Progreso, un baile de obsequio, al que concurrieron todas las familias principales de la ciudad. En resumen, nada ha quedado por desear de cuanto pudiera apetecer el más exigente, como testimonio de la satisfacción causada a los habitantes de la capital de Nuevo León por la caída de su tirano”.

Se dedica Juárez a planificar y ejecutar todo cuanto corresponde a la alta misión que desempeña. Dicta órdenes para el aprovisionamiento de armas y parque que mantengan en condiciones combativas a los numerosos contingentes que sostienen en pie la soberanía nacional.

Mantiene comunicación constante con los generales republicanos Jesús González Ortega, Porfirio Díaz, Patoni, Escobedo, Naranjo y Treviño, con Berriozábal, Negrete, Cortina, Hinojosa y decenas más de republicanos que combaten denodadamente contra el invasor, unas veces con suerte adversa y otras en memorables victorias. Todo ello constituye para Juárez una preocupación que llena sus actividades día y noche y alienta su espíritu que jamás se doblegó ante la defección de alguno de sus amigos y valientes correligionarios, ni ante la superioridad numérica y combativa del enemigo, durante los tres primeros años de la contienda.



En las noches veraniegas, de intenso calor, gustaba Juárez pasear en la Plaza Zaragoza, acompañado de algunos de sus ministros y de vecinos distinguidos de Monterrey.

El clima ardiente, refrescado, levemente por las corrientes de aire escapadas del cañón del Huajuco, apenas si daban un ligero alivio. Se imponía andar en camisa; pero Juárez, imperturbable, como si a él no le hiciera mella el calor, andaba con su pesado atuendo, saco recto, chaleco, y pantalón de casimir color negro.

Cierto que la presencia de Juárez no era distinguida por lo que hacia su estatura, garbo, color de la piel; pero tampoco impresionaba por fealdad o desarreglo en el vestir, como lo pinta en uno de sus romances don Guillermo Prieto:

*Se ve al Lic. Juárez
Con su figura plebeya
sombbrero de anchas alas
raída y grosera chaqueta
pantalones azul claro
que al empeine no le llegan.
con una faja de lana
que los detiene y sujeta
y que valuando con garbo
no valdrían dos pesetas.*

Pobre figura la de Juárez descrita en forma tan zahiriente. Le ajustaba mejor el cuadro al mismo romancero. Sabido es que a Prieto lo tenía sin cuidado el aliño: era despreocupado tanto en su atuendo como en su físico; siempre traía cabellera alborotada, la barba que cubría las mejillas sin orden, con los anteojos cabalgando en las narices, los zapatos empolvados, lo cual le daba la apariencia de un amable vagabundo, de buenas maneras, sonriente, bondadoso y con la frase picante a flor de labio.

Era don Guillermo Prieto de los más asiduos acompañantes de Juárez, en esos paseos por la Plaza Zaragoza. Alto él, de mediana estatura Juárez, caminaba lentamente. Para Juárez la compañía de Prieto le era agradable porque con sus ocurrencias le hacía olvidar, aunque fuese por momentos, los graves problemas que afrontaba.

¡Qué distinta compañía la del Lic. José María Iglesias! Serio, circunspecto, de magnífica presencia, bien peinado, arreglada la barba de candado, intensamente negra, con sus lentes bien colocados y limpios, no daba reposo a Juárez, hablando de los asuntos hacendarios con machacante insistencia, y no le faltaba razón pues se carecía de todo, y ya lo decía Napoleón: para la guerra se necesita dinero, dinero y dinero.

En don Sebastián Lerdo de Tejada la conversación debía contener una buena dosis de Filosofía y de Historia. No se habían estudiado a fondo, según él, las causas determinantes de la Revolución Francesa, ni se habían fijado los alcances filosóficos de la libertad de creencias, ni de la estructura social del capitalismo.

Terciaba en estas disquisiciones el Lic. Manuel Z. Gómez, siempre atento a lo que exponían los ilustres acompañantes de Juárez, entre quienes hay que agregar al Gral. Doblado, Suárez Pizarro, Gamboa y Lic. Pedro Santacilia, yerno de Juárez.

Solían también agregarse a la comitiva intelectuales de la ciudad y miembros del Ayuntamiento, como el doctor José Eluterio González, Lic. Manuel Z. Gómez, don Vidal de la Garza Mireles, don José Ma. de la Garza, don Pedro Elizondo, don José de Jesús Benítez, don Jesús Ma. Benítez y Pinillos, Lic. Lázaro Garza Ayala, don Juan C. Doria, don Pedro Martínez. Muchos de ellos se distinguieron posteriormente, combatiendo a los invasores.

Con más frecuencia de lo deseado se hablaba de Vidaurri. Para Juárez esas evocaciones le causaban gran molestia. Aún cuando en su semblante no se reflejaba sus íntimos sentimientos era notorio que prefería cambiar de tema. Tal parecía que le hacía daño en su espíritu recordar que había perdido, más que a un colaborador de altura, a uno de sus más queridos y admirados amigos. No podía olvidar las finas atenciones que tuvo para su esposa doña Margarita Maza y para sus hijas, cuando residían en Saltillo, a pesar de la tirantez de relaciones existentes entre ambos.

En cuanto a su esposa y a sus hijas: Manuela, Felicitas y María de Jesús, mantenían amistad con familias distinguidas de la ciudad, y especialmente con las hijas del general don Ignacio Comonfort, Clara y Adela, que residían en Monterrey bajo la atención de Vidaurri.

Puede sintentizarse la estancia de Juárez en Monterrey como el toque más acentuado de las desventuras, y como el yunque en que se fraguaron los caracteres de quienes, a nombre de la independencia de la Patria, se entregaron sin reservas a su servicio.



La inquietud de don Guillermo se manifestaba especialmente en su sensibilidad poética, de ahí que apenas apaciguados los dolores lumbares, ocasionados por las interminables caminatas buscara y encontrara la forma de publicar algún pasquín, que le sirviera de tributo Pública para desahogar algo de lo que bullía en su cerebro y de lo que destilaba su generoso corazón.

Y salió a luz el periodiquillo El Cura de Tamajón. Los tiempos eran propios para las tragedias, para las penas motivos de satisfacción lo que procedía era olvidar lo uno y exaltar lo otro. A la tristeza se le combate con la alegría, a la nostalgia con la esperanza, al dolor con el estoicismo.

Tales pensamientos normaban la mente y la acción del poeta, y en versos picarescos y prosas incisivas moldeaba dardos venenosos contra los enemigos.

¿Qué venían cediendo terreno a los franceses?, cierto, la situación de las armas así lo exigía; pero a mayor extensión de territorio que cuidar, mejores condiciones para atacar. Además, bien sabido es que los viajes ilustran, y en el caso, obligados por la presión del enemigo, llegaban a pueblos que en otras condiciones tal vez no hubiesen visitado, y lógicamente, argumentaba don Guillermo como estribillo machacante, no hubieran tenido la oportunidad de estrechar la mano de los amigos, de hablar con ellos, de imbuirles la fe que irradiaba la persona de don Benito.

Aquí tienen ustedes, decía don Guillermo en una de esas reuniones de amigos, opinamos sobre los problemas graves y triviales que nos interesan cambiamos impresiones sobre los errores cometidos, y alentamos esperanzas confiados en los aciertos, que no son pocos, ¿cómo haríamos cosa semejante a distancia?

El poeta metido a dómine; pues como profesor de historia y literatura estaba acostumbrado a la cátedra, al grado de que en donde se reunía con más de dos personas pronto se calaba los anteojos, se pasaba la diestra por la marañada barba, y disertaba con tono académico sobre los más disímolos temas, sin perder las buenas maneras del caballero, ni la sonrisa bondadosa con que adornaba sus charlas.

Este personaje, emotivo, patriota, desinteresado, constituía en la comitiva presidencial un factor de inestimable valor. Camino a Chihuahua, después de abandonar Monterrey pernoctó Juárez en Noria de Pedrizeña, Durango. Vale la pena transcribir un párrafo de las Revistas Históricas del licenciado José Ma. Iglesias. Puede apreciarse en esos renglones, escritos en momentos críticos para el Gobierno Republicano, el alma cristalina y recia de aquellos varones que jamás pensaron en la derrota:

En la “Noria Pedrizeña se celebró, en la noche del 15 de septiembre, el fausto aniversario de la proclamación de la independencia mexicana. En la capilla del pueblo, que servía de alojamiento al batallón de Guanajuato, pronunció un improvisado y elocuente discurso el C. Lic. Manuel Ruiz, y enseguida habló también el presidente de la República, cuyas sentidas palabras conmovieron a los concurrentes.

“El día siguiente se pasó a la hacienda del Sobaco, donde también se celebró en la noche el aniversario patriótico que recuerda aquella fecha memorable. Fue el orador el C. Guillermo Prieto, quien en un corto rato escribió un discurso lleno de poesía y ternura. La solemnidad del acto fue grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que le habían ocultado poco antes, rielaba sobre el Nazas, que corría a poca distancia. El cuadro de los concurrentes, formado junto a la puerta de la hacienda, se componía del gobierno, de la escasa cuanta leal comitiva que le ha acompañado en su tercera peregrinación, de los soldados del batallón de Guanajuato y del cuerpo de carabineros a caballo, fiel escolta del supremo magistrado de la nación, y de los sencillos habitantes de la hacienda, que por primera vez sin duda asistían a un acto semejante. Después del discurso, entonaron los soldados canciones patrióticas, con las que alternaban danzas populares y representaciones alusivas a las costumbres de los indios bárbaros”.

El ambiente campirano, el convivir con las gentes humildes, sirvió a don Guillermo Prieto para afinar aún más sus sentimientos. Había en él todo cuanto constituye el fondo emotivo, creador y de ensueño del poeta. Nació poeta, y con este trajinar cerca de los pobres, de los que carecen hasta de lo necesario para la vida, almacenó conocimientos y arraigó en su corazón un gran amor por los desvalidos, de donde surgieron sus poemas, y las páginas sentimentales de sus memorias”.



Cuando alrededor de una mesa se reunía Juárez con sus ministros cambiaba la situación. De oyente se convertía en expositor. Era común que en los graves problemas, después de escuchar las opiniones de sus consejeros y amigos expresara sus puntos de vista, con la mesura y la energía con que acostumbraba producirse. Se le oía con respeto y se acataba, no siempre de buena gana pero con la convicción de seguir y obedecer a quien acepta sin reservas la responsabilidad de sus actos, y es capaz de llegar al sacrificio incluso de la vida.

Convertido el recinto oficial del Estado en Palacio Nacional —esquina suroeste de Morelos y Escobedo— cobraba el modesto edificio inusitada categoría. Desde los ministros, funcionarios del Estado y generales, hasta los particulares, al entrar al palacio, adoptaban respetuosa actitud, que se acrecentaba en presencia de Don Benito Juárez, encarnación viva de los más sagrados intereses de la Patria.

En suma, la estancia de Juárez en Monterrey constituyó para él una dura prueba; pero al mismo tiempo le sirvió para darse cuenta exacta del material humano de aquí. A excepción de Vidaurri y de Quiroga, los más destacados hombre de acción, respondieron con firme adhesión a los principios nacionalistas

Puede mencionarse en primera línea a los militares: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Lázaro Garza Ayala, Pedro Martínez, Juan C. Doria, José S. Aramberri, Ruperto Martínez Pedro Hinojosa.

Pronto se hizo sentir la acción de estos patriotas. Empeñados en una guerra sin cuartel no daban descanso a sus actividades, incursionando por Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, admirable coordinación que les permitió conquistar grandes y decisivos triunfos.

Mi buen amigo y compañero de aficiones históricas don Apolinar Nuñez de León, me ha referido una sencilla anécdota, que él a su vez escuchó de personas ligadas a los acontecimientos relacionados con la estancia de Juárez en Monterrey.

Un estudiante de derecho, de eso con título de “destripado”, se acercó don Benito en súplica para que se le diera una nueva oportunidad.

Juárez lo interroga: “joven ¿qué es derecho? ¿Qué es justicia? El estudiante, perplejo, dirigió la vista al cielo como en señal de inspiración para contestar dichas preguntas. Tardando mucho tiempo en hacerlo, uno de los circunstantes interviene y le dice al señor Juárez: Vea usted, señor Presidente, el joven anda buscando la justicia en el cielo, temeroso de no encontrarla en la tierra”.

Don Benito, dándose cuenta del aturdimiento del estudiante, quiso estimular su audacia. Con gesto amable ordenó al licenciado Santacilia que procediera de acuerdo con los deseos del joven a quien, como despedida, le dijo que esperaba saludarlo como compañero en plazo no lejano.



Paseando el Presidente Juárez en la plaza Zaragoza, sin más acompañamiento que la luz de la luna, ensimismado en sus pensamientos, se le acercó un individuo de aspecto, humilde y caminando a su lado le dijo: señor Presidente, lo importuno solamente para escuchar su voz, perdone mi

imprudencia. Sin detener Juárez la caminata dirigió una rápida mirada al individuo dándose cuenta de que se trataba de una persona ingenua, pero de buena fe; y sin tardanza contestó:

Mi voz es como cualquiera otra, aunque a veces no se le quiere escuchar; pero seguiré hablando a las conciencias de los hombres para que luchen por la independencia y por la libertad.

El interlocutor, que resultó ser un modesto impresor, sin salir de su asombro al ser complacido en forma tan elocuente, trató de besar la mano de Juárez, lo que éste no le permitió diciéndole: no, eso no, usted y yo somos iguales, bese a su mamá, a su esposa y a sus hijos.

Al día siguiente en la ciudad no se hablaba más que de este incidente.

Algunos viejos, testigos presenciales de la estancia de Juárez en Monterrey, a principios del siglo actual referían que en cierta ocasión, cuando discutía con sus ministros sobre la posibilidad de abandonar la ciudad, y dirigirse a Chihuahua, las opiniones se dividían oponiendo como causa principal la enorme distancia que los separaría de la capital de la República. Juárez replicaba que, si podía llegar hasta esas lejanas tierras en condiciones difíciles, con mayor facilidad regresarían al sonar la hora de la victoria.

Cuando las opiniones se inclinaban en favor de Juárez, el general Negrete, que había permanecido serio, taciturno, como volviendo en sí después de una exploración mental, en tono reposado y grave dijo: no olvidemos que el camino, además de largo, es sinuoso, por las montañas, los ríos, los desiertos y los montes que hay que salvar, y puede suceder que nos veamos en la necesidad de transitar a pie bajo la lluvia y el sol. El señor Presidente ...

Le interrumpe Juárez sin alterar la voz y dice: Señor General Negrete, con su patética exposición ha despertado en mí dormidas experiencias de mi vida, cuando descalzo con huaraches cuidaba de las cabras, no sentía el maltrato en los pies, ni fatiga en el cuerpo, y en cambio mi espíritu se ensanchaba ante las bellezas de los montes, de los arroyuelos, de los pájaros, de las nubes y del sol. Si ahora el destino nos depara una prueba semejante esté usted seguro de que el solo recuerdo de mi niñez me dará ánimo y fuerzas para vencer toda dificultad ...

Se había transfigurado la figura de Juárez, y al calar, el general Negrete, cuadrándose militarmente, expresó conmovido: Señor Presidente, con usted iremos al fin del mundo.



Un hijo más de Juárez, nacido en Monterrey, acrecentó su familia. Con este motivo la sociedad hizo sentir su adhesión al matrimonio, especialmente a doña Margarita Maza, que había conquistado el cariño de todos por su modestia y don de gentes. Se le admiraba por su devoción a los deberes de esposa y madre, por su patriotismo y por su valor al acompañar al Presidente de la República en esa ya larga peregrinación, llena de dificultades y de peligros. Por ella se hubiera agregado a la comitiva, sin importarle lo que significaba volver a salvar cientos de lengua de desiertos y montañas, careciendo en ocasiones hasta de lo más elemental para la subsistencia.

No podía Juárez aceptar un sacrificio semejante. La familia reclamaba la atención directa de la madre. Los recursos escaseaban; pero él trataría de proveer lo necesario. Y la despedida se impuso. La Patria atormentada, desgarrada por la fuerza extranjera y por la ignominia de los malos mexicanos, exigía la entrega sin reservas de los leales.

Juárez seguiría hasta el final en la guerra, su esposa en el destierro esperaría tiempos mejores.

Como documentos históricos copio del acta del registro civil del niño, y en seguida la de su bautizo.

OFICIALÍA PRIMERA DEL REGISTRO CIVIL. libro No. 1 correspondiente al año de 1864. foja 2.

Al margen.- ANTONIO JUÁREZ.- acta cuadragésima cuarta.

Al centro.- En la Ciudad de Monterrey, a los veintiocho días del mes de junio de mil ochocientos sesenta y cuatro ante mí el Juez del Estado Civil y testigos que al final se nombrarán, el Presidente de la República, Ciudadano Benito Juárez ,vecino de México, y residente hoy en esta capital manifestó; que el día trece del corriente, a las nueve y cuarto de la mañana, nació un niño que se llamará Antonio, el cual es hijo legítimo suyo y de su esposa la señora Doña Margarita Maza. Todo lo cual en cumplimiento de la Ley hice constar en la presente acta, que leí al declarante y testigos los Ciudadanos José María Arteaga y Francisco Díaz, mayores de edad y recientemente avecinados en esta Capital, quienes firmaron conmigo: Doy fe.- Anto. Tamez. Benito Juárez., José Arteaga.- F. Díaz. (Rubricas)-.

“LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS. PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865
.....

PARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY. Página 106.

En el Palacio de Gobierno, previo el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrada Crisma a José Antonio de un mes y once días de nacido, hijo legítimo del Ciudadano Presidente Licenciado Dn. Benito Juárez ,y de Dña Margarita Maza, vecinos de ésta, fueron sus padrinos Don. Pedro Santacilia y Dña Manuela Juárez a quienes se les advirtió su obligación y parentesco es natural y para constancia lo firmé. Rafael de la Garza Sepúlveda (Rúbrica)”

LIBRO No. 38 DE BAUTISMOS PRINCIPIA EL 15 DE ENERO DEL AÑO DE 1864 A 1865

“ARROQUIA DEL SAGRARIO DE LA CATEDRAL DE MONTERREY. Página 106.

En el Palacio de Gobierno, previo. el permiso del Superior Gobierno Eclesiástico del Obispado, a los veinte y tres días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, yo el infrascrito cura, bauticé solemnemente y puse el Santo Oleo y Sagrada Crisma a Ma. Juana Dolores, de-doce días de nacida, hija legítima de Dn .Pedro Santacilia y de Dña. Manuela Juárez vecinos de ésta, fueron sus padrinos Dn. Domingo de Guicousia y Dña. Carlota Mora residentes en Nueva York y por comisión de los mismos el Ciudadano Presidente licenciado Dn. Benito Juárez y Dña. Margarita Maza, a quienes se les advirtió su obligación y parentesco espiritual; y para constancia lo firmé. Rafael de la Garza Sepúlveda (Rúbrica)”



Siguiendo la costumbre de la región se festejaron los sucesos con una merienda de chocolate y repostería a la que asistieran las personas de más confianza. Sirvió aquella reunión de pretexto para acercarse más los vecinos de Monterrey a la familia del Presidente Juárez.

Cerca el enemigo, con fuerzas numerosas y bien equipadas de franceses y mexicanos afectos al Imperio de nueva cuenta tomó Juárez los caminos polvorientos del desierto, con la fe inquebrantable de los iluminados. A su familia la envió a los Estados Unidos vía Matamoros.

Enfiló hacia Chihuahua tratando de alejar al invasor de su centro de aprovisionamiento. El coche, modesto medio de transporte, salvaba increíbles que obligaban a los pasajeros a bajar del coche, pero la voluntad de servir y de triunfar daba a Juárez un torrente inagotable de energías.

Quien viera aquella desmedrada caravana no podía concebir que en ella fuesen los funcionarios más elevados del Gobierno Republicano. Juárez y algunos de sus ministros en el coche, los demás a caballo. A la vanguardia sin destacamento de soldados de la más absoluta confianza; pero un número tan limitado que por mucho valor y destreza de que fueren poseedores,' al ser atacados por fuerzas superiores en número y armamento difícilmente podrían resistir.

A la retaguardia otro destacamento de iguales características, y, en el centro, siguiendo al coche presidencial, caminaban en hilera once carretas, tiradas por bueyes, llevando el valioso cargamento del archivo nacional.

El enemigo tenía noticias de ese arriesgado y trágico éxodo y ,anhelaba posesionarse de la documentación Juárez sentía sobre sí la responsabilidad de traer consigo aquel voluminoso cargamento, sin contar con los medios adecuados para su conservación, en un caso nada remoto de ataque del enemigo.

Decidido a dejar en lugar seguro los documentos consultó con sus ministros y estuvieron de acuerdo. Habían llegado a un lugar llamado El Gatuño, del municipio de Matamoros, Coahuila. Era el 4 de septiembre. Habían transcurrido quince días desde la salida de Monterrey, salvando una distancia como de 400 kilómetros. Para llegar a Chihuahua faltaban 800 kilómetros más de tierras pelonas, carentes de agua.

Los vecinos de aquella rancharía recibieron a los maltrechos viajeros con demostraciones de sincera amistad, brindándoles toda clase de atenciones.

Después del almuerzo -leemos en el folleto Pueblo Héroe, escrito , por la profesora Rosario Fernández, camina el señor Juárez bajo una enramada que había frente a la casa, las manos hacia tras, los, ojos clavados en el suelo. Preocupado, se detiene de pronto y pide que llamen a González Herrera, jefe de la guerrilla liberal. Tiene un encargo que hacerle: necesita un hombre capaz de cumplir una misión de importancia suma, de vida o muerte; Se ausenta don Jesús y al rato regresa con el hombre, alto, barbado, de complexión atlética. Se llama Juan de la Cruz Borrego y es agricultor de la región.

Se sientan los tres bajo la enramada. Juárez, con su habitual actitud solemne, les explica: las once carretas colmadas de fardos traen los archivos de la Nación. Los invasores y los traidores quieren apoderarse de esos documentos. Hasta Chihuahua, a donde él se dirige, el camino es largo y lleno de asechanzas. Quiere poner en manos de los tulises esos tesoros seguro de que sabrán guardarlos a riesgo de sus propias vidas. Don Juan de la Cruz Borrego contesta con un parco descuide usted,

señor e informa que tiene un puñado de hombres ala altura de tal misión. Es todo. El indio y el norteño se estrechan la mano fuertemente, sin más palabras.

Sigue la caravana rumbo a Chihuahua ya sin la impedimenta del archivo, que ha quedado en poder de un puñado de hombres de honor. Tres años después, de regreso Juárez, amparado por el triunfo de la República, recibe el archivo nacional de manos del mismo Juan de la Cruz Borrego.

Para mi objeto, en esta ocasión, dejo a Juárez en el camino que describe don Carlos Pereyra: En un campo erizado de la frontera del norte, culebreaba, una tarde, la fugitiva caravana presidencial En la inmensa llamada no había un árbol, una casa, un arroyo: la gobernadora extendía, hasta perderse de vista, su cenicienta alfombra.

HASTA LUEGO, AMIGO

Por: Franco Lenoire

El día 26 de febrero de 1960, en la ciudad de Torreón, el destino cerró definitivamente los ojos terrenales del Sr. Gral. Don Pedro V. Rodríguez Triana.

Se epilogó así, sorpresivamente, el actuar de un hombre que en cada minuto de su vida, supo imprimir a su gestión privada y pública giros insospechados de sana y constructiva rebeldía, dotadas de un profundo sentido humano.

Nació un 29 de abril de 1890 , en San Pedro de las Colonias y fue producto genuino de la humilde clase campesina.

Apenas abrevaba los conocimientos rudimentarios que da la educación primaria, cuando su conciencia se encontraba ya cabalmente fortalecida por la experiencia diaria de tener ante los ojos la injusticia y los despojos de que eran objeto sus hermanos, los campesinos, por parte de los señores feudales de la región lagunera.

Obligado por tan terrible circunstancia, esto es, persuadido de que su nuevo sitio estaba en el trabajo diario y en la lucha activa en favor del campesinado, organizó a los indefensos y fomentó entre ellos la conciencia de clase; la certidumbre de la legalidad de sus reclamaciones y derechos y sobre todo, la fe cierta de que la unidad del empeño produciría la prosperidad del campesino no solamente lagunero, sino del mexicano en general.

En esta actitud viril, pletórica de vicisitudes y peligros, pues su vida misma siempre estuvo en juego, perseguido por esbirros o calumniado por los terratenientes, al advenir el momento reivindicador de la Revolución Mexicana, ,esta encontró en Rodríguez Triana un soldado fiel y un ideólogo de gran valía.

Declarado triunfar el sagrado movimiento popular y habiendo prestado su concurso en casi todos los combates que al mismo se refieren; sin hacer reclamo alguno por su participación, retornó al lado de su gente campesina; a trabajar sin descanso en el agro, en bien de la economía y, para justificar de manera modesta y cierta porqué de la asada lucha revolucionaria en contra de la dictadura primero y la asquerosa usurpación después.

Claro está que tan noble empeño, tanto desinterés por bienes personales, no habrían de pasar desapercibidos ni para la sociedad nueva, tampoco para los hombres gobernantes nacidos de la Revolución Mexicana.

Y fue así como, el entonces Presidente de la República, Gral. Don Lázaro Cárdenas, su entrañable amigo, en el año de 1936, lo designa como Vocal Ponente en el Departamento Agrario, tribunal desde el cual siempre levantó su voz grave y serena, pero también llena de pasión y entusiasmo, demandando la inmediata repartición de los grandes latifundios Laguneros, permaneciendo fiel y constante al año o anhelo de sus inolvidables compañeros de sufrimientos y esperanzas.

Con lógicos fundamentos basados en razones justas y humanas, el Presidente Cárdenas expidió el decreto respectivo, facultando al Departamento Agrario para que procediera de manera inmediata a dar cumplimiento a tan elevada cuanto necesaria medida reivindicatoria, atendiendo en todo y por todo a un fundamental propósito de nuestra Revolución Social.

Y, el digno Mandatario Nacional, fue todavía más allá. De igual manera se obtuvieron, en bien de los campesinos desheredados de la Península Yucateca, las expropiaciones de los inmensos latifundios henequeneros y en su propio terruño, Michoacán, de igual manera, arrebatando, conforme a la ley y para la patria, las propiedades españolas. de Nueva Italia y Lomardía.

Por estos tres hechos concretos y de gran trascendencia, la nación conoce ahora el resultado de la lucha moral y material M Gral. Rodríguez Triana, pues al influjo de su ideología intransigente se lograron conquistas definitivas.

Con tan señalada situación, resultó electo como Gobernador Constitucional para el periodo lectivo de 1937 - 1941, donde a pesar de unos cuantos políticos ambiciosos y heridos en sus prebendas, la voluntad expresa, espontánea y democrática del pueblo de Coahuila, se impuso plenamente erigiéndole como su mandatario número uno.

Podemos afirmar, sin duda alguna, que desde el principio de su gobierno, la facción minoritaria de que antes habláramos, lo sujetó a toda clase de ataques injustificados y mendaces; ese sector se interesó principalmente en configurarle ante la Opinión pública como un humilde ignorante, como un simple patán con suerte genuino y jefe de guaripudos. Desde luego los que convivimos aquellos días estos acontecimientos, supimos que a la clase acomodada, pero que no se supo acomodar en el nuevo régimen, le calaba muy hondo que un humilde campesino, entiéndase, un genuino campesino, viniera a ser el jefe de gobierno y que con justeza, ese jefe de gobierno diera toda la atención de su gestión a la clase que nunca antes había sido escuchada, mucho menos atendida en sus demandas: a la que incansable sobre el surco, sudaba y moría para dar de comer a todo un pueblo.

Más cierto es, que durante su gobierno se atendió con diligencia y prontitud a los demás sectores sociales.

Durante su estadía en el Poder Público, que tuvo un final imprevisto, final que todavía se discute con calor, si lesionó o no la soberanía del Estado, sucedieron los siguientes fenómenos económicos, políticos, educativos y sociales:

Se legalizó en el Estado la Educación Socialista consagrada en Artículo 3° Constitucional.

Se introdujeron, mediante deliberaciones técnico -jurídicas, importantes reformas a los Códigos Civil y Penal ya sus respectivos procedimientos.

Se modificó, modernizándola, la ley de aparcería:

Se reestructuró el Código de Comercio, ordenamientos todos éstos que continúan rigiendo y modelando las relaciones entre los ciudadanos y entre estos y el Estado.

En otro aspecto, durante el Gobierno del Gral. Rodríguez Triana, la vida de los sindicatos obreros adquirió definitiva preponderancia. Solamente requirió de estos organismos, el fiel cumplimiento a sus programas de trabajo y honestidad en el manejo de los fondos comunes. Siguiendo el principio con sagrado de que las organizaciones, cuales quiera que esa su naturaleza son libres y soberanas en su régimen interno. Nació potente, durante su mandato, la Central juvenil que se denominó SOCIALISTAS UNIFICADAS DE MEXICO.

En el capítulo que se refiere a la publicación pública debemos de considerar:

La constitución de la Escuela Preparatoria del Estado Venustiano Carranza en la ciudad de Torreón; reorganización de la Escuela de Agricultura Antonio Narro, en Saltillo; la Escuela Prevocacional para Hijos de Campesinos, en Santa Teresa, Mpio. de San Pedro; la Escuela Prevocacional Campo redondo, en Saltillo y preferentemente su atención se derivó a la reestructuración y acondicionamiento de escuelas primarias en toda la Entidad, además y esto es de suma importancia, aumentó en número y calidad las becas para el estudiante.

Con todo esto, que se refiere, estrictamente a lo que es de nuestro particular conocimiento, la facción retardataria hizo su fácil presa a cierto número de jóvenes estudiantes, producto de gente acomodada y les imbuyó el principio de que Rodríguez Triana era un salvaje enemigo de la educación y la cultura, propiciando lamentables agitaciones.

Estas agitaciones a las que antes se hace alusión, se recrudecieron con tirites de violencia, insolencia y provocación, con motivo del apoyo decidido que prestó a la educación socialista que ya estaba, por otra parte, consagrada por la Constitución General de la República.

Desde luego, las Juventudes Socialistas Unificadas de México, Sección Saltillo, que tenía en su seno a representantes autorizados de las Escuelas Normal, Agricultura, Ateneo Fuente y de las Academias Comerciales, dieron apoyo y respaldo a la actitud del Gobierno.

No así el núcleo de estudiantes bien identificados con la facción anti-estado que se oponían y se oponen aún a que el Estado sea el único facultado para impartir la educación pública. Entonces produjeron manifestaciones insultantes con el concurso extraño de gentes que desconocían los móviles que manejaban a esas actitudes vergonzantes.

En este movimiento se mantuvo sereno, expectante y ecuánime el Gral. Rodríguez Triana, a quien en diversas ocasiones, muchos de nosotros le solicitamos que exigiera con energía la observación del principio de Autoridad. El siempre se negó rotundamente a una acción directa y con su mesura acostumbrada invariablemente nos decía ... Dejenlos son muchachos desorientados que no saben lo que hacen. Es labor de ustedes, jóvenes responsables, hacer una labor pacífica y orientadora, porque así estarán cumpliendo con su cometido ... Nada de violencias.

Dejó el mandato gubernamental, como todo hombre pacífico que ha conquistado al fin hombre, sujeto a crítica, amigos y enemigos; con la omisión también, de aciertos y desaciertos.

Años después cuando se celebraron la Boda de Diamante del Ateneo Fuente, concurrimos a la velada solemne de la conmemoración de la fundación de nuestra gloriosa Alma Mater. Cuando iba a la mitad del programa que se desarrollaba con el concurso de lo mejor del arte e intelectualidad tanto de la ciudad como del país, una dama se acercó hasta la mesa presidida por altas personalidades de la cultura y de la educación y del gobierno del Gral. López Padilla, y depositó sobre la mesa una caja trasparente que contenía, de manera sencilla, una gran rosa de esplendentes y contrastados colores.

Nadie del auditorio adivinó el significado de aquello y ni siquiera después, a muchos llegó la razón de aquel galante envío. Pero muchos años más tarde, un amigo íntimo nos desentrañó aquel olvidado enigma: El Gral. Rodríguez Triana había sido el incógnito remitente de tan sentido presente. Si, así respondía a largos años de plazo, desde su retiro triste, aquel hombre enemigo de la educación y la cultura, el patán de Rodríguez Triana, que guiado por su amor a la juventud, a sus luchas dignas, como lo fue la suya en la vida entera, se dedicó pacientemente al injerto de variedad de flores para obtener un producto único imperecedero: demostrar a sus deturpadores que en su mente y en su obra nunca hubo malevolencia, porque nunca puede ser malvado el que ama a los hombres y a las flores, a los animales y a los niños.

El viejo soldado se le ha ido de nosotros.

El gran dirigente social y amigo, ejemplar y amigo, ejemplar conductor de hombre hambrientos de justicia, nos ha dado su postrero ¡Adiós!

Pero con razón, con dignidad, con dolor , todos aquellos que alentamos como jóvenes sus mismas inquietudes, en el silencio de las noches venideras y en claro albor de los amaneceres no mustiaremos oraciones vanas, porque solamente le diremos... ¡HASTA LUEGO AMIGO!.

Saltillo, Coahuila, Febrero de 1960.

Reaccionarios y Alucinados

Guía de México

Era el mes de marzo de 1910. En la pacífica y laboriosa ciudad de San Pedro, un hombre sencillo, trabajador, pero alerta a los destinos de su Patria, daba a la publicidad un folleto de propaganda política intitulado El Partido nacional Antireeleccionista - Su programa, sus trabajos, tendencias y aspiraciones. En él resumía un anhelo nacional ...

ERA DON FRANCISCO I. MADERO, alma y acción del movimiento restaurador de los legítimos derechos populares. Principio, en el folleto de referencia, a plantear la situación legal y moral de don Porfirio Díaz, haciendo historia de su permanencia en el poder, de la obra realizada durante su gobierno pero al mismo tiempo de los peligros que extrañaba.

DON PORFIRIO constituía un serio peligro al igual que los herederos de su régimen los que a su sombra se convirtieron en dueños y señores de vidas y haciendas, de aquellos que olvidaron al pueblo para refugiar su anidad en los oropeles de los salones aristocráticos y fincaban sus riquezas en la explotación de los humildes ...

NO FALTA EN ESTE TIEMPO alguno que otro trasnochado reaccionario, que recordando las gestas militares del autócrata de Tuxtepec, pretenda elevarlo a los altares de la veneración popular; como no faltan también, algunos alucinados por su obra progresista de treinta y cuatro años, que reconozcan, porque lo consideran de justicia, su alto patriotismo...

UNOS, maleantes de la política nacional que utilizarían hasta la propia autora de sus días para conseguir sus fines; los otros, ingenuos de toda ingenuidad, Don Francisco I. Madero reprodujo en el folleto que estamos comentando las palabras de Díaz a sus postulantes en la última campaña electoral Ellas, por sí solas, dan cuenta del desprecio por el pueblo...

NO ME HABLEN DE OPINION pública. El pueblo nunca sabrá lo que necesita. Yo se que es lo que conviene. Equivocado estaba el dictador. Tan sabía el pueblo lo que necesitaba que unos días después lo embarcó en el Lpiranga...

II

EL FOLLETO de propaganda, con comentarios de Don Francisco I. Madero, constituye, en estos tiempos, una joyita, tanto desde el punto de vista bibliográfico, como cívico; un ejemplo de valor personal, de integridad democrática, de aspiraciones fundamentales. Sus juicios son certeros y valientes, pero sin acudir jamas a la palabra hiriente, procaz o mentirosa...

MADERO SIEMPRE tuvo como escudo impenetrante la verdad. Madero encontró en la injusticia social los elementos para sacudir la conciencia nacional, por eso el pueblo creyó en él y le confió sus destinos políticos; tampoco escondió sus ideales, muy a pesar de qué ello podía arrear -como de hecho sucedió- la venganza del dictador en su familia...

SE HA DICHO que Don Evaristo Madero, al ser informado por su nieto de sus proyectos políticos, le dijo: No te metas entre las patas de los caballos . Con ello se ha pretendido que Don Evaristo no compartía sus ideas de renovación o por lo menos que temía el ataque a sus cuantiosos bienes. Eso no pasa de ser un infundido producto de la especulación.

EN UNA Ocasión -mucho antes de que el señor Madero pensara en renovar los procedimientos políticos de México y en implantar la justicia social aprovechando que sus nietos iban a despedirse de él en virtud de que marchaban a los Estados Unidos para internarse en colegios. Don Evaristo llamó aparte a uno de ellos y sin que sus hermanos se dieran cuenta, le confió un encargo...

ERAN DOS Mil pesos oro- que el joven depositó en el interior de una víbora - y el encargo: entregarlos, en determinada dirección, en una ciudad norteamericana, el destinatario: RICARDO FLORES MAGON. Eran los días iniciales de la gran agitación revolucionaria en la que todos los hombres progresistas se aprestaban a la lucha ...

POR ESO QUE SORPRESA podía causar a Don Evaristo, que su nieto Francisco escribiera en el pórtico de su folleto: --- Hace más de 30 años que la República soporta el régimen de gobierno del Gral. Díaz, cuya voluntad ha estado siempre arriba de la ley? Ninguna, le venía por la sangre

III

MADERO no andaba en la luna. Sabía que se traía entre manos y el ineludible final de aquella lucha en la que había empeñado sus más altos ideales. Desde un principio señaló los tropiezos que encontraría dado al carácter y debilidad de los pueblos latino-americanos siempre propensos a exaltar las virtudes de nuestros hombres.

PORQUE las virtudes y heroísmo de los próceres es una cosa distinta de su conducta como gobernantes. A más de uno de nuestros amados padres héroes se le sumergió entre las sombras del olvido debido a que, más recientes que sus hechos heroicos, estaban los de una pésima, arbitraria e inconsiderada acción al frente de los destinos de la nación...

PORFIRIO Díaz es uno de los héroes auténticos. En la guerra de tres años y fuego en la lucha contra el invasor francés, conquistó lauros inmarcesibles. liberal juarista, olvidó su origen cuando las brujas conservadoras musitaron a su oído: Tu serás el Rey. Don Porfirio perdió en ese momento los rumbos y se echó en brazos de una corrompida aristocracia ...

FACILMENTE podríamos ceder a nuestros entusiasmos y reelegir a nuestro gobernante, porque en todas partes, especialmente en nuestra raza, el poder tiene más prestigio que el mérito, acotó el Sr. Madero en su explicación sobre los fines del Partido Anti-reeleccionista, publicado en San Pedro de las Colonias en marzo de 1910, casi en vísperas de la Revolución.

PERO El DICTADOR estaba sordo a la verdad. Don Francisco se lo gritaba, pero el engolfamiento en su valía personal, era superior a la realidad. la convicción de que el Gral. Díaz no ha de dejar el poder si no es por medio de la fuerza. Es decir, que sería necesario una revolución para derrocarlo del puesto que ocupa. Más clara no podía ser la advertencia...

MAS ADELANTE, después de hacer un análisis de los resultados que se obtendrían si Díaz llegara a comprender la situación del país, deja esta constancia: Existe el peligro de que el gobierno no quiera respetar la voluntad nacional; en este caso es imposible predecir lo que pueda suceder. Cualquier chispa encenderá a la República en una inmensa Revolución...

BRILLA EL ORADOR

Por: *Alonso Sierra Partida*

LA oratoria, que en los muros de Jerusalem ardiera bíblicas conciencias, que al pie de la Acrópolis en la Vieja Atenas, espontánea, pública, retórica o didáctica, dilucidará las causas justas; que en Roma evolucionara del rudo cantar de los banquetes a la elegante elocuencia de los Debates en el Foro y que en la Revolución Francesa derrumbara las viejas tradiciones y consolidara en su proyección social, hombres y pueblos, adquiere en la voz de Ignacio Ramírez una de las más altas y cabales concreciones.

El discurso -como monólogo convierte en docto e irrefutable al través la conferencia; exacto y meditado el Pública, siempre vivaz, persuasivo; improvisado incoherente, como prueban los testimonios de sus contemporáneos y ejerce el más completo dominio sobre disímiles auditorios.

Victoriano Salado Alvarez en su libro ---De Santa Anna a la Reforma plasma la expectación que producía la presencia del elocuente tribuno: ¡Va a hablar el Nigromante! se decía, Ignacio Ramírez, cuchicheaba otro. Es el enemigo de los frailes, Es el ateo, murmuraban en las galerías. ¡Bandido fuera el impío! no eran gritos extraños en las asambleas en que pasional, el público participaba. ¡Viva el gregoriano! saludaba algún antiguo compañero de Colegio. ¡Viva el Indio Ramírez!, clamaba y aclamaba el populacho.

E imperturbable, ajeno a la pasión, a la intriga, al peligro, el reformador clavando sus ojos dominantes y alzando su voz de antiguo Linda heleno hecha para los auditorios, exponía lanzaba, imponía sus ideas sociales, revolucionarias definitivas. Con la misma elegancia y elocuencia demolidora del que, defendiéndose así mismo, lograra salir absuelto, cuando se le procesara por su celebre artículo A los Indios, que hubiera sido el levántate y anda para la raza sometida y degradada, por el que le denunció el Lic. Don Manuel García, impidiéndose la circulación del periódico Themis y deucalión.

Como en aquella memorable ocasión, en que hubo quien llevaba una gruesa de cohetes, para cuando se hiciese público el veredicto condenatorio, delitos de imprenta que se penaba con seis o más meses de prisión solitaria y multa, tras la autodefensa tan elocuente, tan justa, tan grandiosa, que el público prorrumpió en aplausos, y los jurados, conmovidos, declararon al reo inculpable y en consecuencia libre y el azorado gratuito enemigo asistente de la gruesa de cohetes tuvo que vender éstos a un partidario de Ramírez que las quemó allí mismo; así estallaban siempre los vitores y los cálidos aplausos; más tonantes aún, cuando su figura inigualable, expresión sintética de la raza, descendía ungida de gloria, de la pública palestra, triunfante, tras atacar con elevadas, al antiguo ejército, al clero o a la aristocracia feudal.

Otras veces el premio era la cárcel, o bien el destierro; cuando encontrándose en Sinaloa -a la sazón que las Cortes Marciales ponían en ejecución el ominoso decreto del 13 de octubre de 1864- se dedicara a defender a los liberales que eran sujetados a juicio para ser sacrificados, teniendo los imperialistas los efectos de su patriótica e irresistible elocuencia, lo desterraron a San Francisco, California.

Cuantos discursos, verdaderas obras maestras, quedaron perdidos en el viento, grabados en impreciso recuerdo, deseminados en hojas sueltas; como los improvisados en las reuniones

políticas, en las asociaciones científicas y literarias; en espontáneas intervenciones en que brota a su palabra fácil y fluida y que, como los realizados con la retórica minuciosidad del gabinete, hubieran merecido el taquígrafo del liceo Hidalgo, de la Sociedad de Geografía y Estadística y de las cámaras de Diputados.

El orador cívico tan solicitado en nuestros tiempos se supera extraordinariamente y traza un retrato definitivo de Don Miguel Hidalgo, que como afirma un biógrafo reclaman las antologías. Es el discurso pronunciado en la Alameda de México, en memoria de la Proclamación de Independencia, el 16 de Septiembre de 1861:

Nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo y nacimos luchando como nuestro padre por los símbolos de la emancipación, y como él, luchando por la santa causa desapareceremos de sobre la tierra.

La vejez la había dado sabiduría y, majestad, sin agotar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces la inteligencia; quedo un día ser sabido, y fue sabido; pero la Universidad le cerró sus puertas; quiso un día entronizar una industria en México y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras, pero el monopolio extranjero entregó a las llamas sus rivales; quiso ser agricultor, y las viñas le sonreían desde los collados; pero la espada ibera decapitó sus racimos; fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al gobierno español cerrándole el paso. Si había sufrido las penas del labrador, del industrial y del sabio perseguido, también se había iniciado con los que sufren, por medio de los inocentes goces de la familiar en ésta entra el porvenir el día que nos nace un hijo, y su cuna es un altar consagrado a la esperanza. ¿Cómo arrancar del pecho de un padre, la Patria, cuando tiene entre sus brazos a quien dejarla por herencia?. los semidioses entre los bárbaros simbolizan la fuerza y la hermosura; pero las naciones civilizadas la fuerza se convierte en sabiduría y la hermosura en amor; el conocimiento de todas las ciencias; el amor de toda la humanidad, el representante de todos los padecimientos, éste fue Hidalgo. Felices los que sufren si se sienten con una voluntad superior a los caprichos del destino; la humillación despierta su orgullo, el dolor alumbra su inteligencia, y en sus órganos encallecidos encuentran fuerzas suficientes para imponer la ley a sus contrarios, para levantarse sobre las generaciones humanas y para rebelarse, como una nueva divinidad, ante los pueblos asombrados.

En las aldeas obscuras es en donde se encierran los grandes pensamientos del destino; en Dolores se encontraba Hidalgo cuando al recibir el mensaje de la heroína, se sintió tocado simultáneamente por la mano de la muerte y por la mano de la gloria; volvió los ojos a donde el honor se lo exigía, y se encontró él solo representando a la Patria.

Y como asombra Ignacio Ramírez, cuando el discurso, ajeno a la emoción cálida y devota del lirismo que exalta los valores patrios, con un verbo certero y docto trata el social y trascendente problema de el Trabajador y las Fuerzas Equivalentes en el liceo Hidalgo, en Agosto de 1875. Al través de la lectura de su discurso en su lucha por la libertad individual no olvida los problemas que crea el capitalismo naciente y afirma que a los obreros, enunciando una primera ley fisiológica el trabajador debe estar alimentado con abundancia, señalando como ley del trabajo que la producción diaria no puede verificarse sino en un tiempo inferior a las veinticuatro horas que componen el día asombráanos infinitamente, legislar en materia obrera, con muchos años de anticipación y, señalar - obrerismo increíble en su tiempo - que cada trabajador en ocho o diez horas de ocupación debe proporcionarse lo necesario para la alimentación de toda su familia.

Y no podemos menos que transcribir su sátira finísima y su justa apreciación, pese a los arduos trabajos que le ha costado la obtención de su título de abogado, cuando en materia de libertad de

profesiones, en una discusión de las Cámaras, oponiéndose a un probable monopolio de abogados, implacablemente señala que la mayor parte de las mejoras en la enseñanza de los grandes descubrimientos, se debe a sabios sin títulos y sus mayores enemigos han sido los sabios titulados, finalizando con estas palabras:

La tutela gubernativa ha desaparecido por completo de nuestras instituciones, éstas no la sufren ni con el pretexto de proteger a los ignorantes y desvalidos indígenas. Lo mismo sucede con el monopolio de abogados, la ley lo repugna. Es digno de observarse, por ejemplo, que todo lo que el C. Magistrado Montes dice contra los tinterillos, se ha dicho siempre contra los abogados; y nuestro autor favorito, Marcial, pródiga las agudezas contra nuestros tres compañeros. En materia de chicanas, los abogados son por lo común los maestros, y los tinterillos unos atrasados discípulos. Voto por lo mismo en favor del amparo.

Como intuye Ramírez el lado flaco de la campaña. En la calificación está implícita la existencia de charla tan es aún más peligrosos. Los charlatanes con título. Y su oratoria 'política, epidíctica y judiciaria alcanza las más nobles manifestaciones. A fuerza de voluntad robada a las deidades aliento poderoso, dominaba a los vientos desencadenados y que las olas irritadas, soplaban en la frente abatida de los que sufren y los convertía en atletas.

Revolución Mexicana

Por: Oscar Flores Tapia

En la etapa actual de la evolución histórica de nuestra Patria, es preciso saber cuáles son las características de la vida de nuestro país y cuáles los perfiles de la República Mexicana, en el periodo de su transformación, iniciada con el movimiento popular de 1910, para valorizar los grandes hechos de la Revolución en materia económica.

La Revolución Mexicana, en su inicio, fue un gran movimiento político de las masas del pueblo para derrocar la dictadura de Porfirio Díaz, con el propósito de lograr la liberación cívica para los ciudadanos de México. Pero como acontece siempre en estos movimientos de importancia histórica, detrás de la protesta de carácter cívico se expresó la exigencia de carácter material. Por esta razón la lucha revolucionaria empezó a ser una lucha valiosa en el momento mismo en que se dirigió a la destrucción de la organización semifeudal que definía al régimen porfirista.

La Revolución mexicana fue, ante todo, una revolución agraria, antifeudal, enemiga de la concentración de la tierra. En 1910 el Apóstol Don Francisco I. Madero captó la necesidad de una mejor distribución de la propiedad rural, y en el Artículo 3º. del Plan de San Luis Potosí ofreció restituir a los pequeños propietarios los terrenos de que habían sido despojados, y en noviembre de 1911, en la soledad de la Sierra de Ayoxustla, por la intuición genial de Emiliano Zapata, fue elaborado el Plan de Ayala que adicionó al de San Luis, contrayendo el compromiso de restituir y dar ejidos y aguas de riego a las comunidades rurales, para liquidar la esclavitud de las cuatro quintas partes de la población mexicana.

Los postulados del Plan de Ayala influyeron en el curso ideológico y en el sesgo de la Revolución encabezada por Don Venustiano Carranza, que en 1913 hizo repartos provisionales de tierras y en 1915 expidió la ley del 6 de enero, célula del artículo 27 Constitucional.

Por eso la liquidación del feudalismo en México significó llevar el nivel de vida de las grandes masas campesinas, el standard de vida del principal sector del pueblo; abrir la posibilidad para el desarrollo industrial importante. Así se explica el esfuerzo de los regímenes revolucionarios de México en favor del crecimiento de los negocios, a favor del desarrollo de las industrias, en favor de la apertura de 'nuevas tierras' al cultivo, en favor de nuevos transportes, en favor de la cultura, en suma, en favor de todas las manifestaciones de la vida nacional.

A 87 años de distancia del levantamiento armado del pueblo, la Revolución ha logrado incorporar a la mayor parte de los mexicanos al proceso económico general, creando instituciones que nos hacen intervenir en él como productores y como beneficiarios. La Reforma Agraria y la legislación del trabajo democratizaron nuestra economía. El ejido y la pequeña propiedad extienden y aceleran la producción agraria, contribuyendo a su diversificación progresiva. La producción industrial se estimula mediante una legislación proteccionista, y se incrementa la formación de capitales nacionales. Las instituciones educativas y de enseñanza superior, que antes fueron privilegios de minorías, ahora se ponen al alcance de las nuevas generaciones. La expropiación petrolera permite el aprovechamiento integral de la industria más importante de México y de su desarrollo industrial. Otras inversiones públicas se aplican al fomento de la agricultura, de la ganadería y de las industrias básicas. La nacionalización de los ferrocarriles y las grandes inversiones en carreteras y caminos vecinales promueven la progresiva integración nacional.

La Revolución ha creado una economía nacional con propósitos de fortalecimiento de la soberanía independencia de México, de mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos, de conservación e incremento de los recursos del país y de convivencia pacífica y cordial. Durante todos los años posteriores a la Revolución Mexicana, al amparo de las circunstancias que ofrecían la paz interna y la consiguiente integración de los mexicanos a la unidad nacional, se ha realizada el más productivo esfuerzo.

Coahuila se ufana, de que, desde 1910 al lado del Apóstol Madero, el pueblo ha intervenido en las luchas libertarias de nuestra Patria, y que ahora en la etapa de las realizaciones, ha puesto toda su voluntad, todo su interés y todo su esfuerzo, por conducir a México por la senda de la superación moral y material.

Un Libro sobre Lincoln

Por: *Salvador Azuela*

Coahuila mantiene abierta su actividad cultural la que el temperamento de sus hijos presta inconfundible sello. Planteles del prestigio cívico del Ateneo Fuente sirven de fermento para la mejores inquietudes de esta índole.

La Colección de Escritores Coahuilenses, de tal suerte, forma ya importante acervo, que comprende trabajos históricos y literarios dignos de mayor conocimiento y que la modestia de sus autores impide difundir.

Entre los literarios de Coahuila que se destacan, en la patria chica, cabe mencionar a Federico Berrueto Ramón. Dueño de nobles vocaciones magisteriales, con la voz recia del hombre del Norte, de el amanecer influido de ternura propio del que tiene confianza en las posibilidades generosas de la naturaleza humana. Cultivarlo es ,sentirse bajo la atmósfera cordial de la amistad, que engendra la simpatía de las almas.

E l 12 de febrero se cumplieron ciento ochenta y seis años del nacimiento de Abraham Lincoln en Kentucky. Entre las publicaciones aparecidas en México sobre el gran ciudadano de Norteamérica, que por cierto no son numerosas, figura un libro de Berrueto. Trabajo breve, de emotivo tono, que se desenvuelve con la claridad metódica que es característica del que profesa de la docencia por disciplina y por temperamento, como si fuera arte, el más difícil, que consiste en despertar en los espíritus el amor a los valores que significan la vida.

El ensayista que supo darnos con pericia literaria una imagen del de Ramón López Velarde, a través del paisaje de Jerez, en otro plano de interpretación, se ocupa ahora de Lincoln. No es el suyo un estudio hecho a base de repeticiones, porque para escribirlo, el autor recorrió previamente la ruta que el héroe siguió a lo largo de una existencia apasionante, hasta llegar al trágico término de su destino, una vez que concluye la Guerra de Secesión en los Estados Unidos que permite abolir la esclavitud de los negros.

Ante López Velarde, guía a Federico Berrueto Ramón un propio estético; frente a Lincoln, lo mueve una finalidad ética. En el poeta de Sangre Devota busca los veneros nacionales; el libertador de los negros le inspira reflexiones de alcance puramente humano.

La universalidad del caudillo civil que se entrega a la defensa de los grupos más explotados de su país, hace su figura siempre simpática.

Los mexicanos contemplamos a Lincoln en actitud devota, porque condenó la invasión americana en 1847. No le importó comprometer su carrera política, siendo diputado federal, por servir a la causa de la justicia.

He aquí un hombre representativo del pueblo. Viene del fondo mismo en donde se asienta la fuerza vital de los luchadores, que conservan la savia de una gran nación. la naturaleza parece prestarle su fuerza y su frescura, a través de la familia de leñadores a que pertenece. Quiere entender el cosmos y ama los paisajes de su tierra desde la niñez. Aquí radica la fuente que renueva las energías del patriota.

Albañil, carpintero, comerciante, empleado de correos, Lincoln se forma en las capas más humildes de la sociedad.

Autodictado que gusta de las bellezas de la Biblia, lee libros de Historia y de Derecho. En su temperamento sentimos un aliento poético que seduce y se torna más hondo por el estupor que le produce el mundo grandioso y salvaje en que vive durante su niñez y adolescencia, leñador él mismo como su padre.

Por su cuenta esto da jurisprudencia y llega al ejercicio de la abogacía, para poner todo el temple de su inteligencia y de su carácter, del lado de los desamparados.

La política apasiona a Lincoln. No es el suyo el caso vulgar del que busca el poder por el poder mismo. Desde el principio de su actuación en la vida pública, revela las virtudes del ciudadano extraordinario que se destaca por su capacidad de servir y que le conquista fácil popularidad y hace llegar al pueblo el genuino sentido democrático que lo caracteriza.

Radicado en Springfield, parecía concluida su carrera política y él destinado a vivir en el estrecho circuito provinciano, en forma opaca. De profundidad destacado el defensor de los negros. Su palabra vibra con acentos que contagian, al enjuiciar la esclavitud y presentar la situación patética que guardan los negros como los peligros para los Estados Unidos, de una casa dividida. El debate en que Lincoln revela sus aptitudes de polemista, adquiere resonancia nacional.

La convención del partido republicano se reúne en Chicago en 1860. El concurre como simple delegado y queda profundamente sorprendido cuando se le proclama candidato a la Presidencia de la República. Gana la elección del seis de noviembre del mismo año y todavía no inicia su periodo, cuando se advierten los primeros estallidos preparatorios de la guerra de los esclavistas del Sur contra el Norte.

Berrueto Ramón recoge, en un centenar de páginas que se leen con interés sostenido hasta el final, lo más importante ' en la vida de Lincoln, sin caer en vulgaridades. Desfila en su libro el personaje desgarrado y tierno, hecho de la misma arcilla del hombre común, con la voluntad férrea que conduce su causa a la victoria.

Llama en calidad de secretarios de Estado a los mejores hombres que dispone el norte de la Unión Americana. No le preocupa que tengan mayor experiencia política y administrativa que él y que lo consideren como un lugareño que llega a la residencia por obra del azar. Fuera de menor arrogancia, suavemente manifiesta su presencia moral, para dar la orientación que la lucha reclama y que en un momento oportuno le permite decretar la abolición de la esclavitud, procurando que la medida no lo haga responsable de las divisiones que ya antes se habían producido, por la actitud de la oligarquía de plantadores del Sur.

En la vida de este hombre sencillo hay etapas conmovedoras. los sufrimientos íntimos que lo aquejan; las preocupaciones de familia; los escrúpulos ante la efusión de sangre. El asesinato de Lincoln resulta el epílogo lógico de una existencia que no estaba hecha para el éxito, ya al concluir la guerra civil. Las palabras que dice en Gettysburg con la simplicidad de los sentimientos eternos, son clásicas.

Pertenece a la gran familia moral de Jefferson, Emerson y Thoreau. La Constitución de los Estados Unidos cobra en los labios del antiguo leñador de Kentucky, el tono de un mensaje religioso.

El libro de Federico Berrueto Ramón entraña el justiciero homenaje que México no podía regatear, a uno de los espíritus que han sentido con mayor sinceridad la mística democrática.

DON GUILLERMO PRIETO

Por: Oscar Flores Tapia

Una de las figuras más importantes del siglo XIX, desde luego la más, escala literatura popular, lo fue don Guillermo Prieto liberal, amigo y consejero de Juárez, a quien en dramática ocasión salvó la vida cuando los fusiles de unos traidores apuntaban al pecho del Presidente, fue compañero de Altamirano, de Cuéllar de Ignacio Ramírez el Nigromante.

A Guillermo Prieto le tocó vivir el período -más agitado de nuestro acontecer histórico. Contaba tres años de edad, cuando las tropas de Iguala entraron a la capital para que Iturbide las pusiera, no las plantas augustas de la patria cuya independencia pretendía consumir, sino ante las turgencias tan delicadas como solicitadas de la famosísima Güera Rodríguez.

Siendo un joven, ya interesado en los asuntos nacionales, con su espíritu liberal fortalecido, presencié los acontecimientos registrados antes, durante y después de la guerra del 47.

En Memorias de mis Tiempos racismo de impresiones vividas el poeta de la Musa Callejera, cuenta que el combate en Chapultepec abatía coa singular bravura Coronel Xicontenatl, Santana que observaba corta distancia del Castillo, el combate, vio salir a un soldado al que increpó creyendo que huía:

- Cobarde, - le dijo - donde está tu Coronel ...

El Soldado, haciendo un gesto de dolor se descubrió el pecho que llevaba todo destrozado y cayó muerto a los pies de Santana, que al darse cuenta de la injusticia cometida, se cuadró militarmente ante el caído.

Toda la obra de Guillemos Prieto de mexicanismo; lo mismo está sala crónica que nos habla de los paseos de Santa Anita que de los desfiles militares, de sus recuerdos de jornadas patrias memorables y de episodios que casaron muy hondo en la conciencia nacional.

Uno de los retratos mejor presentados es el de liberal Ponciano Arriaga, luz y pensamiento del Congreso Constituyente de 1857 y quien, desde su juventud se reveló como un hombre de convicciones profundas, siempre dispuesto a defender sus puntos de vista, con las armas de ser necesario.

En 1833 ocurrió el pronunciamiento en cuyas banderas ondeaban las desvergonzadas demandas: Religión y Fueros. Arriaga, líder estudiantil en su nativa San Luis Potosí, junto con otros estudiantes sacó a la luz pública un periódico de combate para denunciar las ambiciones de los clericales. Arista estaba en Guanajuato; su cañones apuntaban amenazadores contra las instituciones; el periódico que defendía a los pronunciados, emplazó a Arriaga para que .. repitiera sus bravatas frente a los cañones en Guanajuato---. Arriaga .respondió a aquella invitación alistándose en la Guardia Nacional y días después, desde una de las trincheras cercanas a los rebeldes, con voz estentórea les gritó:-,

- Díganle a Arista qué aquí está Arriaga el de las bravatas del periódico.

Una de las crónicas más sabrosas de don Guillermo Prieto es la que se refiere a la Academia de Letrán, la institución literaria de mayor categoría del siglo pasado por haber reunido en su seno a los más preclaros talentos!.

Una tarde de academia, presidida por don Andrés Quintana Roo, se llegó hasta el dintel, de la puerta una figura desgarbada, envuelta en viejo y raído capote. Invitado a pasar, pudieron observarlo los académicos: flaco, de tez morena, nariz afilada, boca sarcástica, mirada nerviosa y con una ente como iluminada por algo extraordinario. Representaba unos veinte años.

- Deseo leer una composición -dijo con voz clara- para que ustedes decidan si puedo pertenecer a esta Academia.

El Presidente Quintana Roo concedió la palabra joven desconocido que extrajo de los bolsillos de sus rasgadas vestiduras un manojo de papeles. Se plantó frente al auditoria con voz segura, matizada de insolencia, levé el título de su trabajo.- ¡NO HAY DIOS!

El escándalo que provocó la sola lectura del título fue mayúscula. El Sr. Iturralde, Rector del Colegio de Letrán, dijo que no permitiría que allí, en un establecimiento educativo, se leyera semejante trabajo.

Quintana Roo manifestó que no estaba dispuesto a presidir una asamblea donde hubiera mordaza; y Tornel, Ministro de Estado, apuntó que los presentes ya eran mayores de edad y que no permitirse allí la lectura, se haría en la universidad.

O en mi casa gritó don Fernando Agreda.

Mientras Iturralde insistía en que aquel trabajo sería un viborero de blasfemias y Cardoso le aseguraba que ello no le costaría a Dios la silla presidencial, el Padre Guevara se levantó para decir:

Triste reunión de literatos la que se convierte en reunión de aduaneros que declaraban contrabando el pensamiento; y triste Dios y triste religión, los que tiemblan delante de ese montón de papeles bien o mal escritos.

- Que hable... que hable... que hable.

Y en medio de un silencio expectante, el joven aquel dio lectura a su extraordinario trabajo.

Astronomía, matemáticas, zoología, jeroglífico y la letra, y el dios...

A las exclamaciones de horror y de escándalo semejante clamaban palabras a gritos de admiración y vivas entusiastas, escribe Guillermo Prieto.

Terminó la lectura y al final leyó el nombre del autor: Ignacio Ramírez.

Se inició la discusión. Iturralde afirmaba que la belleza de Dios se veía en sus obras.

-De suerte- replicaba Ramírez que usted no puede figurarse un buen relojero jorobado y feo.

El padre Guevara, en su turno, hablo del amor a la Patria y cuando Tornel le preguntó que lugar de México le gustaba más, Ramírez con el mayor cinismo le dijo que Veracruz, porque por Veracruz se sale de él

Tal fue la aparición de Ignacio Ramírez en la vida pública y literaria de México.

Un buen día Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Vicente Segura planearon la publicación de un periódico. Como carecían de dinero, acudieron a Payno, aceptó y a poco apareció ---Don Simplicio azote de políticos y Prieto adoptó el seudónimo de Zancadilla primero y Don Simplicio después; Ignacio Ramírez el de Nigromante y Segura el de Cantárida

Era Presidente el Gral. Paredes. Su unión con la clerigalla era un verdadero concubinato del morrión con el bonete: o de la casaca con la sotana, como les parezca mejor. Un día el público lector se regocijó con un epigrama escrito por Prieto, que decía: -

Con bonete anda el soldado
y el clérigo con morrión
a cruz y a espada unidas
gobiernan a la nación.
Que viva la bella unión.

El tono del epigrama molestó a Paredes y a poco Guillermo Prieto fue llamado ante la presencia del Presidente. Cuando estuvo frente al General, un amigo del soldadón le dijo en tono de mofa:

- Verá usted señor Presidente, con que garbo lee el joven; va usted a ver ...

- Lea usted, amigo, dijo Paredes a Guillermo Prieto, al tiempo que le entregaba el número de Don Simplicio en donde se habían publicado los versos.

Prieto titubeaba, más dejó de hacerlo cuando un amigote presidencial le dijo:

- Con que tiene miedo, amigo:

Entonces el poeta del pueblo leyó en voz alta: Con bonete...

El Presidente Paredes, a quien tan mal sabía que le refregaran contra los entorchados las borlas cardenalicias, lleno de ira se hechó sobre Prieto con ánimos de golpearlo, pero el escritor dio media vuelta y se refugió en las propias habitaciones del milite donde su familia lo protegió impidiendo el atentado.

Leer las Memorias de mis Tiempos de Guillermo Prieto, es vivir en la época heroica del siglo pasado; charlar de tú a tú con Payno, Altamirano y Lacunza; admirarnos ante la super inteligencia de Ignacio Ramírez, de quien cínico y sombrío, actitudes que a él gustaba extremar, decían los capitalinos: He aquí a un hombre que viene en el infierno.

Imposible encerrar en el espacio reducido de un articulejo, las impresiones que despierta la obra y la vida de Prieto. Justifiquemos, en esta ocasión, nuestro propósito de recordar devotamente a los hombres que en la segunda mitad del siglo pasado, se revelaron como la generación más cívicamente madura de la historia de México.

Alessio Robles nos enseñó a conocer y amar a Coahuila

El día 11 de junio de 1958 la Universidad de Coahuila, Seminario de Cultura Mexicana, Sociedad de Geografía y Estadística y la Asociación de Escritores rindieron un fervoroso homenaje a la memoria del ilustre historiador de Coahuila Ing. Vito Alessio Robles en el primer aniversario de su fallecimiento. En solemne velada efectuada en el Ateneo Fuente, el maestro Ildelfonso Villarello pronunció el discurso que nos honramos en publicar.

Hay privilegios que nunca se agradecen bastante. Privilegios son éstos tanto más grandes cuanto menos merecidos. Pues estar aquí, tan solo recordar la personalidad del ilustre coahuilense cuya memoria nos reúne en esta noche, les ya altísimo galardón. Ved, pues, cual será mi gratitud cuando se me permite además, desbordar el corazón en holocausto ante el ara de Coahuila. Porque hablar de Vito Alessio Robles eso es. Es encenderse en el fuego que consumió su entraña generosa; tomar aliento del espíritu de un pueblo que habló por su boca; saciarse en las frescas y abundantes aguas de escondidos manantiales de la tradición y la historia; y vivificarse y fortalecerse arraigado profundamente en la firme roca del pasado, y luego, derramar la entraña rebosante ante el ara de la Patria: de Coahuila y de México.

Así es, porque, Alessio Robles vivió así, y a servir a Coahuila y a México entre su existencia: Primero en el ejercicio de las armas y después, cavando en las profundidades de la historia, entregando las refrigerantes linfas de la tradición, en la enseñanza, para la edificación de una patria fuerte, grande, orgullosa de su pasado, segura de su porvenir. Veis, pues señores, qué gran razón tenía al afirmar cuan grande era mi merced al volcar mi corazón ante el ara de Coahuila.

Al conjuro M nombre de este prócer saltillense, volvemos nuestro pensamiento hechido de admiración, hacia las soledades de Coahuila, barridas por los vientos, crueles y hurañas, soberbio marco de las correrías de aquel los bárbaros enamorados de la libertad, infinita como sus cielos, irreductible, valiosa como la Vida, digna de la muerte. Y surgen también las formas de quienes llegaron hasta estas tierras para plantar en las lindes del desierto, el árbol vigoroso de la civilización. Por que la vez viva y cálida del maestro Alessio Robles nos lleva a los orígenes de nuestro Estado, nos entrega sin singular ofrenda, el conocimiento de nuestro pasado, y nos enseña a amarlo a poseerlo, a refugiarnos en él, para corroborar y afirmar nuestro destino. Que así fue como aprendimos a rendir nuestro homenaje a quienes fundaron este emporio, como alguna vez dije, no del comercio ni, de la industria; no de la riqueza fácilmente ganada; sino de valores morales, virtud, austeridad, compresión humana, no hechas para el gusto de mercachifles y traficantes, que jamás podrán comprender las excelencias de quienes se recrean con el cultivo del espíritu.

Y, así, Alessio Robles, con su obra y con su vida, nos hizo entrar en comunión con la historia, en una época en que razones de ignorancia injustificable han ido aboliendo toda relación con el pasado, fuertes; ignorando sus relaciones con el pasado que es razón de su existir y garantía de su futuro. Y aquí, en homenaje a quien entregó su vida a Coahuila a nuestras escuelas, permitidme repetir que es confortante saber que hay personas, como, vosotros, que no olvidan a los suyos, que vuelven a sus tradiciones Una afirmar las plantas y renovar las energías, para lanzarse hacia un futuro triunfante que honre a su estirpe y mantenga y extienda su intachable tradición. Hemos visto, dije una vez, junto a nudosos troncos de álamos y sauces que aun proyectan su sombra sobre nuestros caminos, a efímeras plantas de veloz crecimiento, que pretenciosamente quisieron romper nuestros vientos, y cayeron y se convirtieron en basura que desapareció de nuestras calzadas y caminos, mientras nuestros engrosaban sus troncos y profundizaban sus raíces. Aquellos se lanzaron al espacio sin penetrar en la firme tierra de su sustento y sin raíces, cayeron, que no se desarraigaron, y sus frondas fueron efímeras; no así los otros, cuyas raíces cavan más profundamente cada vez en la fuerte roca que les da cimiento, y se mantienen vigorosos y enhiestos, seguros contra vientos y

tempestades. Así los hombres. El hombre grande, heroico, verdadero, es como la encina que se asienta en la montaña y la perfora con sus raíces para sorber el jugo de los escondidos manantiales.

Y eso quiso Alessio Robles hacer con cada uno de nosotros, con cada coahuilense, con cada mexicano: Hacernos marchar hacia la generosa fuente de nuestra historia para hallar la fortaleza que demanda la responsabilidad de un honroso pasado. Quiso, como Baltasar Gracián, ocuparnos de hablar con los muertos, con los vivos y con nosotros mismos, para estudiar y comprender el pasado y explicarnos el presente y advertir las líneas del desenvolvimiento futuro de la humanidad y de nuestro pueblo, le era necesario batir la costra de los siglos para dar con las fuentes de la historia. Le era fuerza remover las ruinas y levantarlas con amor y abrir la tierra madre y descender a los sepulcros y escuchar sus voces inefables, y calar muy hondo en lo que fue, para aclarar lo que es y concebir lo que será. Porque no hay ciencia sin experiencia ni Patria sin tradición, la tradición que los bárbaros modernos y los bastardos de la cultura desdeñan y escarnecen. Porque ¿donde nutrieron su pensamiento, fortalecieron su carácter y acendrarón su patriotismo nuestros próceres, sino en las entrañas de nuestra tradición, la más pura, la más limpia, la más honrada ¿No fue esta fecunda entraña la que infundió en Dionicio García fuentes su inmenso amor por la ciencia y la verdad, la que inspiró en Carranza el acrisolado sentido de la justicia y la legalidad, y en todos los hijos bien nacidos de Coahuila el más puro sentimiento de la dignidad humana? Lo que falta a quienes olvidan nuestra tradición es memoria, para no olvidar lo que ya todos sabemos: amor patrio y disciplina y perseverancia para desentrañar los caudales propios, sin pedir a los ajenos. Y restaurar lo nuestro, el más genuino y noble de nuestra cultura, incorporándola y fundiéndola al progreso de nuestro siglo. Y eso hizo Alessio Robles. Henchido de fe viva y constructora, unió su amor a su conocimiento y desposó su inteligencia con su corazón, y nos enseñó a amar lo nuestro, que es amar a la Patria.

Con él recorrimos los caminos de Coahuila, caminos de México. Nuestro territorio con sus dilatados horizontes, con sus vastas extensiones, saturó nuestro espíritu de inmensidad, sólo concebible en términos de libertad, la tierra hizo surgir en nosotros ese sentimiento y nos explicó por qué los bravos bárbaros gallardos que la recorrieron y señorearon, supieron amar la libertad hasta la muerte, y como no la guerra sino la paz, no la espada sino el evangelio, lograron la entrega, que no la conquista de esta tierra nuestra. Y no porque el desierto impidiese la anhelada conquista, que Coahuila se ofrecía en lugares de refrigerantes manantiales y fecundas y deleitosas tierras; sino porque las naciones que aquí habitaron jamás supieron someterse al yugo del conquistador; porque no conocieron estrechos límites; porque fueron como las errantes estrellas de sus inmensos cielos, como los incontenibles vientos de sus dilatadas llanuras, que no se detienen sin caer, sin deshacerse.

Y vimos también cómo lo que no hizo la guerra, la que no lograron las armas, hicieronlo la fe y el Evangelio. Pues la entraña de la Nueva Galicia surgió un hombre henchido de fe y abnegación, a quien estaba reservada a conquista de Coahuila. Y contemplamos a Juan Larios que supo encender en la lumbre del amor que consumía su corazón, el alma conmovida de otros que, como él, amaron a los indios y de éstos aprendieron a amar la libertad. Y nos fue dada la visión de los misioneros en noble procesión: Fray Juan Larios, Francisco Peñasco, Manuel de la Cruz, Esteban Martínez, Dionicio de San Buenaventura, Juan Barreto. A ellos se sometieron las bravas naciones de Coahuila en las misiones, donde la paz los subyugó en las labores agrícolas que significan y enriquecen, y en donde el Evangelio los corroboraba en la igualdad de todos los hombres.

Y con Alessio Robles, en la magia de su encendida voz, fuimos testigos del nacimiento de los pueblos de Coahuila, Monclova, Señora de la Tierra Baja, San Francisco de Coahuila y San Miguel de Aguayo; San Buenaventura de la Consolación y Santa Rosa de los Nadadores, renuevos del tronco vigoroso de Saltillo y San Esteban de la Nueva Tlaxcala, aliento y fortaleza para nuevas

empresa, atalaya de más amplio horizonte, encendido anhelo de la conquista, por la fe, de aquellas ignotas tierras que recorrían incansables los soberbios indios. Y partimos con Larios de la conquista del norte, para llevar la pacificación y la civilización al territorio de Texas. Y vimos como el precursor iba sembrando la simiente que habría de fructificar en los pueblos del norte de Coahuila y Texas. Y no quisimos ser testigos de su muerte, que preferimos verlo desaparecer en pos de su destino, iluminado por un rojo crepúsculo coahuilense, y cubierto de gloria e inmortalidad. Pasó Juan Larios; pero el impulso dado por él a la población y civilización de Coahuila no se detuvo. Otros abnegados franciscanos siguieron sus pasos y ensancharon su órbita: Diego de Salazar, Francisco Hidalgo, Antonio de San Buenaventura, Margil de Jesús.

Y acompañamos en sus visitas a los obispos de León Garabito y Tamerón y Romera; y nos deleitamos con las observaciones de Juan Agustín de Morfi, y recorrimos el territorio de la Nueva Extremadura con Nicolás Lafora, visitando sus presidios y poblaciones, luego volvimos al arriado terruño para hallarnos en la Feria de Saltillo de ese aciago y feliz año de 1810, y vimos partir a Miguel Ramos Arizpe para llevara las Cortes de la Madre Patria, la voz de los nobles hijos de estas tierras. Estuvimos en Aguanueva y en Baján con los mártires de la Independencia, y con Rayón en Saltillo y en Piñones. Y, en fin, fuimos testigos del nacimiento y breve vida del Estado de Coahuiltecas y del inaudito despojo de nuestro territorio por la más injusta guerra que han contemplado los siglos.

Después la visión se convierte en ligeros vislumbres, la claridad se pierde, cesa la voz: Alessio Robles el vigía solitario, ha llegado a los suyos; se ha vestido de la inmortalidad. Otro antes, Jorge Cervera, se adelantó al maestro; y otras voces que aun suenan se han olvidado del nativo solar. ¿Hasta cuándo? Aún nos hablan del fondo del pasado, las voces de otros muertos gloriosos: Juan Antonio de la Fuente, Zaragoza, Andrés S. Viesca, Cepeda, y el pueblo entero de Coahuila que supo luchar por la libertad y la independencia en Ahualulco, en Silao, en Puebla, en Santa Isabel, en Querétaro. Maestros en las aulas y en los caminos de batalla, su ejemplo es blasón que nos ha sido entregado sin mayúscula brillante. Más. ¿Quién amorosamente recogerá esas voces para darlas al pueblo y corroborar su fe y avivar su esperanza?

Señores y señoras, invocad conmigo, en esta hora solemne, a los manes de Coahuila, a esos ilustres varones que pusieron su fe en los destinos de México, y esforzadamente, abnegados, hicieron surgir y cultivaron a nuestras instituciones con entrañable amor. Fueron ellos piedras angulares, robustas columnas que dieron y aún dan, firme, cimiento, seguro sostén a la gigantesca estructura que es nuestra gloriosa tradición. Entre ellos no encontraréis a quienes sólo comprenden la acción en función de sus particulares intereses; tampoco a quienes son incapaces de sacrificio, por la verdad, por la justicia, ni a quienes sólo sirven a su vacío narcisismo. Y ante esos próceres que acuden a nuestra invocación y cuyo espíritu preside este acto, permitidme inclinarme reverente y renovar mi profesión de fe ateneísta, que es: Incesante afán de la verdad, entrañable amor a la Patria, abnegado servicio a la humanidad, militante anhelo de justicia, que todo eso representa la encendida antorcha de su ilustre blasón, su orgullosa divisa y el rojo y blanco de sus nobles colores. Y así os lo he pedido, porque Alessio Robles, acrisolado ateneísta, supo alzar en poderosa mano esa antorcha encendida para alumbar seguro el camino hacia la verdad sin complacencias, que reza la divisa.

Señoras y señores, en esta solemne conmemoración, en nombre del Seminario de Cultura Mexicana, del Congreso Mexicano de Historia, de la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y estadística y de todas las sociedades de historia de nuestro País, instituciones que aún sienten el influjo espiritual del maestro Alessio Robles, en nombre del pueblo de Coahuila, del pueblo de México, yo os invito a continuar su obra.

Aquí, en este recinto venerable, donde aún alienta el espíritu de sus mejores hijos, donde el ejemplo de sus más esclarecidos maestros inspira y dirige todo esfuerzo, en homenaje al maestro Alessio Robles, al historiador de Coahuila, renovemos nuestra fe en la cultura y en el destino del hombre, y fortalezcamos nuestro afán de la verdad y avendremos nuestro amor a la Patria.

Zarco

El Joven Patriarca de la Reforma

Por: *Oscar Flores Tapia*

Con el mismo fervor patriótico con el que se celebra el natalicio del Padre Hidalgo, exaltando su memoria esclarecida y afirmando como fuente de la más alta inspiración cívica su ejemplo luminoso, el pueblo de México rinde homenaje de gratitud y de admiración a los insignes ciudadanos que legaron al país la Carta de 1857, considerada por los liberales como la Biblia nacional.

Nuestra patria, después de los titubeos constitucionales que tuvo que recurrir de 1821 a 1822, decidió que era el momento de enfrentarse a los graves problemas que impedían su desarrollo integral y mantenían los mejores propósitos de progreso y libertad sometidos a los intereses creados por la Colonia y sostenidos después por la causa ultra conservadora.

Consumada la revolución que puso fin a las trapisondas de Santa Anna, el Gral. Juan Alvarez, en cumplimiento del artículo Quinto del Plan de Ayutla, convocó el 17 de octubre de 1855 a un Congreso Extraordinario para constituir libremente a la nación bajo la forma democrática representativa.

Todos los estados y territorios designaron como sus representantes a sus mejores hombres: Puebla a Couto; Coahuila al Lic. Juan Antonio de la Fuente; Jalisco a Ponciano Arriaga, a Ignacio Ramírez El Nigromante y a Valentín Gómez Farías; Michoacán a Melchor Ocampo; Yucatán a Justo Sierra y Durango a Francisco Zarco, joven inteligente y fogoso periodista a quien un acertado panegirista designó con el calificativo de joven Patriarca de la Reforma.

El 14 de febrero de 1856 tuvo lugar la primera junta preparatoria del Congreso, con la asistencia de treinta y ocho diputados. Se nombraron por aclamación Presidente a Ponciano Arriaga y secretario a Francisco Zarco.

Francisco Zarco vio la primera luz en la ciudad de Durango el 4 de diciembre de 1829. Fueron sus padres el Coronel D. Joaquín Zarco y la Sra. María Mateos. A temprana edad pudo advertirse la inteligencia de Francisco; a los doce años publicaba versos y a los 19, don Luis de la Rosa, Ministro Universal del Gobierno del Sr. Pena Peña, lo nombro oficial. Mayor.

En la ciudad de México escribió en varios periódicos, motivo por el que sufrió persecuciones. Fue colaborador del SIGLO XIX y director de LA ILUSTRACIÓN en donde hizo famoso el seudónimo de FORTUN. Posteriormente fue Redactor de El DEMÓCRATA y más tarde jefe de Redacción del SIGLO XIX, puesto que abandonó al iniciarse la administración de Santa Anna.

Derrocado Santa Anna por la revolución de Ayutla, Zarco vuelve al Siglo XIX. En 1854, a los 25 años de edad fue nombrado diputado suplente por Yucatán. En 1856, Durango, su tierra natal lo designó su representante juntamente con Marcelino Castañeda y Francisco Gómez Palacio.

Zarco no sólo fue campeón sino el historiador del Congreso del 57. El Colegio de México, publicó con motivo de un aniversario, la HISTORIA DEL CONGRESO EXTRAORDINARIO CONSTITUYENTE DE 1856-1857, por Francisco Zarco

Durante el gobierno de Zuloaga, fue perseguido implacablemente. A pesar de ello, mientras huía su pluma no descansaba. Escondido publicó El BOLETÍN CLANDESTINO y el folleto LOS ASESINATOS DE TACUBAYA. El 13 de mayo de 1869 fue aprehendido por la policía y confinado en prisión recibiendo feroz tratamiento. El 25 de diciembre del mismo año, triunfante el gobierno juarista, el Presidente lo nombró Ministro de Relaciones y jefe del Gabinete.

Cuando un grupo de malos mexicanos logró despertar las ambiciones de Napoleón III para que invadiera a nuestro país, el Presidente Juárez trasladó su gobierno a San Luis Potosí. Con él iba Francisco Zarco. En San Luis publicó LA INDEPENDENCIA MEXICANA y en Saltillo LA ACCIÓN, periódicos desde los cuales luchó por levantar el espíritu nacional cuando parecía que todo había concluido.

Fusilado Maximiliano y restaurado el Gobierno Republicano, Zarco volvió al Congreso representando al Distrito Federal. El 29 de diciembre de 1869, rodeado de los suyos murió Francisco Zarco, El Joven Patricio de la Reforma. El Congreso lo declaró Benemérito de la Patria y su nombre fue inscrito con letras de oro en el Salón de Sesiones de la Cámara de Diputados.

Francisco Zarco es uno de los más ilustres periodistas México y un legítimo timbre de honor para Durango. El Gobernador del Estado, Lic. Don Francisco González de la Vega, dispuso que junto al homenaje que los duranguenses rindieron a Juárez y a las Constituciones de 57 y 17, se destacaría como ejemplo de civismo, de honestidad y de patriotismo el nombre del viril periodista.

OBREGON ESTRATEGA Y ESTADISTA

Por: *León V Paredes*

El general Alvaro Obregón tenía - cualidades de gran capitán; golpe de vista rápido, sangre fría y recursos para resolver con prontitud cualquier problema; lo certero de sus golpes tácticos o la celeridad de sus movilizaciones estratégicas radicaba en los errores de sus contrarios, provocados con hábiles maniobras.

En sus batallas demostró pericia nada común, valor indomable y un conocimiento perfecto del medio y de los hombres. Cada vez que se enfrentó al enemigo estudió su número, su capacidad, su cohesión. Fue un escrupuloso observador. Siempre sabía el estado de ánimo de las tropas y jefes a quienes iba a combatir. Su gran instinto militar le hizo concebir una quinta columna adaptada a nuestro medio.

Como soldado fue genial: no supo más de la amargura de la derrota. Como divisa en su táctica tiene tomar siempre la iniciativa y aunque a veces hace aparentar que espera, dejándose sitiado, ello es maniobra de su ofensiva, es siempre producto de la reflexión; como nadie sabe conducir al enemigo al lugar que conviene a sus propios planes. Toma la iniciativa que tiene la confianza que él mismo ha depositado en sus hombres, y porque confía en su talento.

Decisivo y certero en momentos difíciles, se crece en el peligro. Es sugestivo e infunde en sus soldados confianza plena en el destino y los arrastra en arrebato bélico. Conocedor profundo de la humanidad, fácilmente descubre las virtudes y defectos de subalternos. Aprovecha las Facultades de éstos que se completan con el prestigio subyugante del jefe, y los convierte en soldados de excepcional valía.

Aquilatando a los hombres de la Revolución, el general Raúl Madero González que en ausencia de Villa llegó a comandar la División del Norte, dijo en 1947: No ha habido más que una Revolución y en ella se destacaron: mi hermano Pancho, como apóstol; Carranza como caudillo y conductor de hombres; Obregón como el más notable de los generales y Calles como un gran estadista.

Una de las características de Obregón era su vivacidad, la rapidez de sus concepciones. De otra manera no hubiese burlado a sus enemigos, como lo hizo el 13 de abril al fugarse de la Capital de la República. De acuerdo con un grupo de amigos, salió en el automóvil que usaba de la casa número 182 de la 7a. calle de Colima, al voltear por la plaza de Orizaba saltó del automóvil, que iba a toda velocidad, aprovechando la inercia para alcanzar los primeros árboles del parque. Del parque Orizaba tomó un Ford que tenía a listo, y acompañado de los ferrocarrileros Margarito Ramírez y Alberto Gutiérrez, y del teniente coronel Benito Ramírez, se trasladaron a la casa habitación del primero. Allí se vistió de garrotero y cogiendo una linterna, salió acompañado de aquellos ferrocarrileros para la estación de Buena Vista., En cada puerta había un centinela. Margarito Ramírez tocó fuertemente, anunciando la tripulación del tren número 10 de Iguala, y al abrirse la puerta enfocó su lámpara eléctrica sobre la cara del vigilante para deslumbrarlo. Esta maniobra, acompañada de un buen amigo, muy cordial, hizo pasar al general Obregón sin ser reconocido.

En el carro del express, Margarito Ramírez informó al empleado que tenía a su cargo dicho coche, que Obregón era hermano suyo, que acababa de matar en riña a un oficial y era necesario salvarlo. El empleado quedó conforme y moviendo toda la carga del express, Obregón se ocultó en

una esquina del carro, debajo de la carga. El convoy se puso en marcha a la hora del itinerario. El viaje se hizo sin ningún contratiempo hasta Iguala donde, cuando los empleados salieron a cenar, Obregón salió del carro para ponerse en contacto con los generales Rómulo Figueroa y Fortunato Maycotte.

Obregón fue uno de los reformadores sociales de México. Con clara visión de los problemas sociales, al triunfo de su candidatura presidencial en 1921, llevó a la práctica los principios reivindicadores de la Revolución que, iniciaba por Madero y acaudillada por Carranza después, plasmaron en la Constitución de 1917.

Valientemente, sin claudicaciones, se enfrentó a los latifundistas para acelerar el reparto de la tierra, convencido de que, al ser liquidado el régimen de la antigua hacienda, se solucionaría el problema básico de México.

Obregón puso en práctica los postulados de la legislación obrera. A él debió la iniciación de las leyes del trabajo y del seguro. Con su gobierno nació una etapa de garantías a los trabajadores y el sindicalismo empezó a desarrollarse en forma benéfica y digna.

En el aspecto educacional, Obregón fundó las primeras escuelas rurales, las misiones culturales, los centros culturales obreros, y llevó la educación rudimentaria a los lugares más apartados de la República.

Su figura se destaca entre las más altas, surgidas del movimiento que inició Madero y al que dio organización y sentido social político el Primer Jefe, don Venustiano Carranza.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La Ciudad sitiada

Al pie de la Sierra.

Bustillos era una hacienda del Estado de Chihuahua en la que los revolucionarios norteros acampaban para reparar sus fuerzas después de los combates contra los federales. Hasta aquel sitio de dificultades acceso, por hallarse en las primeras estivaciones de la Sierra Madre Occidental, llegó don Francisco I. Madero a mediados del mes de marzo de 1911, con el brazo todavía en cabestrillo y molesto aún por la herida que había recibido en Casas Grandes, donde los maderistas tuvieron que emprender la retirada ante el sorpresivo y abrumador ataque del general Samuel García Cuéllar.

En la casa de la hacienda meditaba Madero sobre la urgencia de apoderarse de cualquiera de las dos plazas más importantes del Estado, la capital de Chihuahua, o Ciudad Juárez, y así se lo dijo al ingeniero Rafael Aguilar hablando de sus proyectos: Mi próximo plan consiste en marchar sobre la cima del Ferrocarril Central. En caso de que se encuentren trenes suficientes, avanzar sobre Ciudad Juárez, y en caso contrario, tomar Chihuahua.

Porque el tren era el medio indispensable para acercarse a los grandes centros de población en aquellas inconmensurables extensiones norteras y a ello debíase también que los revolucionarios tuvieran como una de las principales miras de sus ataques, el apoderarse de los convoyes ferroviarios y el mantener bajo su vigilancia de las dos líneas que atraviesan el Estado de Chihuahua, el Ferrocarril del Noroeste y el Central, ambos convergiendo en Ciudad Juárez.

Finalmente, don Francisco I. Madero decidió hacer preparativos para avanzar sobre Ciudad Juárez, operación militar que requería un gran esfuerzo, tanto por la distancia a recorrer, como también porque el camino debía hacerse a lo largo de la vía del Ferrocarril del Noroeste, donde muchas de las estaciones tenían guarniciones federales. De esa manera no se avanzaba en recta hacia Ciudad Juárez, sino dando un gran rodeo que significaba hacer un camino de unos 450 kilómetros aproximadamente, pero con la ventaja prevista de poder usar el ferrocarril en muchos tramos, cargando la tropa, la cabalgada y la impedimenta en los trenes que sorprendieran en el camino o cuyo personal se plegara a los revolucionarios.

Madero se sentía confiado y optimista, porque a los pocos días se vio rodeado de un verdadero ejército, compuesto por dos mil quinientos hombres que comandaban los más arriesgados jefes revolucionarios de aquellos días, Raúl Madero, Pascual Orozco, Francisco Villa y José Garibaldi.

EL ENCUENTRO.-

En uno de los últimos días del mes de marzo, llegaron a Bustillos, para reunirse con Madero, José de la Luz Blanco y Pascual Orozco, llevando con ellos varios centenares de hombres bien armados y pertrechados. Fue entonces cuando alguien comunicó a Madero que acababa de llegar también Pancho Villa, a quien los ayudantes del caudillo hicieron entrar a una sala de hacienda improvisada como despacho.

- Pero Pancho, qué joven te veo - le dijo Madero-. Sé que te estas portando muy bien. Mañana iré a San Andrés a conocer a tu gente.

Porque era en San Andrés, un poblado próximo a Bustillos, donde Francisco Villa tenía concentradas sus fuerzas. Y hacia San Andrés partió al día siguiente el señor Madero.

Aquella histórica visita que él jefe de la Revolución hiciera al cuartel general de Pancho Villa, sirvió para que la fama de éste tomara mayor arraigo entre los revolucionarios chihuahuenses. Pancho Villa acababa de realizar una campaña contra los federales en la parte sur del Estado, teniendo a San Andrés como punto de partida. Había derrotado los federales cerca de Santa Rosa de Camargo, sosteniendo una serie de combates con los federales alternando entre triunfos y derrotas, pero siempre en la ofensiva, siempre tras el enemigo. Atacándolo hoy por el frente, flaqueándolo por la noche y al amanecer por la retaguardia. El fue el creador de estas tácticas: rapidez de movimiento, que tan magistralmente había de poner en uso, con sus divisiones motorizadas, el famoso Zorro del Desierto general Rommel, en su campaña legendaria de Africa en los años de la última guerra mundial.

Cuantos se hallaron presentes en aquella revista de tropas, quedaron sorprendidos de lo bien montada, cabalgando a caballo, y en cuyos semblantes aleros asomaba la impaciencia durante tantos años.

Entre todos ellos sobresalía la figura de Pancho Villa, que en uno de los muchos desahogos que era tan afecto y ver su franqueza campesina, hizo este comentario al ver aquel hombre de pequeña estatura, que soportaba todos los rigores del tiempo y todas la comodidades de la campaña militar sin mostrar el menor disgusto: Madero es un rico que pelea por el bien de los pobres. Yo lo veo chico de cuerpo, pero creo que es muy grande su alma. Si fueran como él todos los ricos y poderosos de México, nadie tendría que pelear, y los sufrimientos de los pobres no existirían, pues entonces todos estaríamos cumpliendo con nuestro deber. Porque, ¿Cuál ha de ser la ocupación de los ricos sino trabajar para sacar de su miseria a los pobres?.

EL EJERCITO LIBERTADOR.-

Antes de salir de Bustillos ya resuelto a atacar Ciudad Juárez, el Presidente Provisional de la República Mexicana y jefe de la Revolución, don Francisco I. Madero, nombró Coroneles a Pascual Orozco y a Francisco Villa, expidió un decreto por el Cual se establecía el pago de un peso diario a los soldados de aquel ejército al que se daba el nombre de Ejército libertador, y dio otras disposiciones igualmente importantes a fin de que fueran pensionadas las familias de los revolucionarios que murieran en campaña; que los desertores comparecieran ante los consejos de guerra y que quienes hubieran prestado sus servicios a la causa de la Revolución fueran compensados con terrenos nacionales.

Hecho esto, una mañana de principios de abril el Ejército libertador empezó a movilizarse en la hacienda de Bustillos. Se trataba de ir despejando el peligroso y largo camino que conducía a Ciudad Juárez y a la vez de provocar la confusión y el desconcierto entre las tropas federales que en número cada día más elevado, se concentraban en las principales ciudades y centros ferrocarrileros del Estado de Chihuahua, pero particularmente en la capital del Estado, porque el gobierno creía, equivocadamente, que los revolucionarios atacarían esa ciudad.

la incertidumbre sobre los planes de los revolucionarios norteros reflejaba en los comentarios que hacía la prensa gobiernista de la Capital de la República, en donde el residente Díaz, postrado en el lecho de dolor en su casona de la calle de Cadena, víctima de la infección molar que lo había dejado medio sordo, se hacía leer las noticias periodísticas como estas: Nótase de algunos días a esta parte en los insurrectos de Chihuahua, foco principal de la rebeldía, un movimiento de concentración que reclama ser atentamente interpretado ... A nuestro juicio, esta conducta no obedece a un cambio

reflexivo de táctica, no constituyente un plan preconcebido; es una necesidad impuesta por la falta de elementos que los impele a jugar el todo por el todo y fiar su suerte de desesperación. Y se entiende el motivo: cortado el camino por donde iban a los rebeldes toda clase de elementos vigilada estrictamente la frontera, los revoltosos han de haberse visto privados de los recursos que hasta hace poco les permitió vivir y luchar en la Reforma que hemos dicho; en la actualidad, la escasez de esos recursos y de esos elementos los obligan a estrecharse.

En la capital de la República se pensaba que los revolucionarios utilizarían el Ferrocarril Central para acercarse a Chihuahua o a Ciudad Juárez y, para evitarlo, había sido cortado en varios de sus tramos. Lo que no se imaginaban los estrategas porfiristas era que las huestes de Madero, Villa y Orozco no avanzaban por aquella línea férrea, sino que se movía a largo de las otras menos conocidas, la del Ferrocarril del Noroeste, al pie de los imponentes picachos de la Sierra Madre Occidental, por entre lomas, valles y desfiladeros, hacia el norte siempre, esquivando al enemigo y recibiendo, en compensación, incontables muestras de simpatía y adhesión de los campesinos y pobladores de la región.

Apenas salen de Bustillos, Madero hace que se adelanten los coroneles Pascual Orozco y Francisco Villa, con José Garibaldi y Raúl Madero, para despejar el camino y limpiarlo de federales; objetivo que se irá logrando en diversas jornadas en las que recorren nuevamente los pueblos donde se han batido bravamente con las tropas gobiernistas: Mal Paso, Pedernales y Casas Grandes, hasta llegar a las proximidades de Ciudad Juárez.

En 19 de abril - después de doce días de marcha - Madero y su ejército se apostan en las inmediaciones de esa ciudad fronteriza, y envían un propio al general Juan Navarro, comandante militar de la plaza, pidiendo la rendición. El pliego no es contestado.

LA CASA GRIS.-

Ciudad Juárez extendía su caserío es una llanura sobre la que los rayos del sol de verano reverberaban implacablemente, sin que siquiera las misérrimas aguas del Río Bravo del Norte proporcionaran la menor frescura al ambiente caldeado. Y allí, junto a las arenosas orillas del enjuto río, en tierra mexicana y teniendo a la vista los pocos edificios altos de la ciudad, que se alargaba en barrios pueblerinos de trazos irregulares, don Francisco I Madero estableció el cuartel general del Ejército Libertador en dos cuartuchos de adobe en cuya entrada flameaban unas pequeñas banderas de México.

La Casa Gris se llamó aquel recinto de adobe, envuelto en las tolvaneras del desierto, donde Madero ejecutó acciones definitivas para el porvenir de México, acompañado por su esposa doña Sara Pérez de Madero y por sus más fieles colaboradores, sus hermanos Raúl y Gustavo, los hermanos Roque y Federico González Garza, don Abraham González, don Manuel Bonilla, Pascual Orozco, Francisco Villa, José Garibaldi, Castulo Herrera, el doctor Francisco Vázquez Gómez, el taquígrafo Elías de los Ríos, el doctor Ignacio Fernández de Lara y con ellos José Marta Pino Suárez, llegado desde Mérida fiel al llamado de la Revolución que iba a convertirlo pronto en el vicepresidente legal; y también un hombre barbudo, alto y severo, que con frialdad y fijeza a través de sus anteojos de oro, que había sido presidente municipal de su ciudad natal, Cuatro Ciénegas, Coahuila, luego diputado federal y senador, y por breve tiempo Gobernador de Coahuila, pese a lo cual se mantuvo siempre en la línea revolucionaria, como lo demostraba con su presencia en la Casa Gris dispuesto a contribuir con su esfuerzo a dar vigencia a los principios de la Constitución. Ese hombre era don Venustiano Carranza.

Villa, Raúl Madero, Garibaldi y Orozco empezaron a distribuir estratégicamente los modestos cañoncitos, fabricados por ellos mismos, para instalarlos en las pequeñas alturas de aquella árida y desolada región. La caballería había sido dejada en la retaguardia, por haberlo dispuesto así el Estado Mayor de Madero, que juzgó inapropiado el uso de caballos en las mismas goteras de la ciudad.

Madero, con su típica indumentaria de campaña, junto a su esposa Sara, vestida de negro, desde las puertas de la Casa Gris contemplaba con cierta tensión cómo su ejército iba desplegando en orden de batalla delante de una ciudad defendida precariamente por un viejo general Juan Navarro; una ciudad-que era como polvo rin, por hallarse en la misma frontera norteamericana, separada por un estrecho río de el Paso Texas, en cuyas inmediaciones ya se avistaban las fuerzas norteamericanas resguardando la línea internacional.

LA EMBAJA DEL CESAR.-

En aquellas condiciones dramáticas y al borde de una inminente batalla, la tarde del 21 de abril, cuando Madero platicaba con Pancho Villa y con Pascual Orozco, que día a día, desde que fue situada Ciudad Juárez, lo importunaban con belicosa impaciencia, deseosos de una vez por todas lanzarse a ataque y apoderarse de la ciudad, vio venir hacia el, jadeantes, a dos hombres cuya indumentaria revelaba que no eran campesinos.

Eran el potentado senador porfirista Oscar Braniff, y el licenciado Toribio Esquivel Obregón, abogado de pueblo e individuo de mucha suficiencia que había sido antirreleccionista, separándose del partido poco después de la Convención del Tivoli del Eliseo. Llegaban de Nueva York, donde habían hablado con el doctor Francisco Vázquez Gómez, agente confidencial de la Revolución, para proponerle nombre de Porfirio Díaz - por más que no fuesen enviados oficiales suyos sino simplemente oficiosos - establecer un arreglo entre la Revolución y el Porfiriato, fin de terminar la hostilidades.

El doctor Vázquez Gómez impuso su condición básica; la renuncia inmediata de Porfirio Díaz, lo que hizo desistir a Braniff y a Esquivel Obregón de seguir tratando con él. Por eso decidieron ir al propio Madero, alentados desde México por José Yves Limantour, que en aquellos críticos momentos se había convertido en la eminencia gris del régimen, sin que ocultara su interés por transar con los revolucionarios, guiado por su afán de preservar los intereses financieros del Porfiriato.

Don Francisco I. Madero escuchó a Braniff y a Esquivel Obregón y en seguida llamó a consulta a los hombres más discretos y preparados que lo rodeaban, ya partir de aquel día, sentados en rústicas sillas dentro de la Casa Gris y escuchando los gritos de los guerrilleros de Villa y Pascual Orozco, que ya tenían cansados los brazos de tanto apuntar con sus armas hacia Ciudad Juárez, los caudillos de la Revolución conferenciaron repetidamente con los representantes del Porfiriato.

Lo primero que Braniff y Esquivel Obregón propusieron a don Francisco I. Madero fue la celebración de un armisticio a fin de entablar durante el mismo conversaciones de paz, pero a esto, el caudillo de la Revolución replicó que no se entendería con ellos si antes no renunciaba Porfirio Díaz, se le entregaba Ciudad Juárez y se designaba presidente interino a don Francisco León de la Barra.

Braniff y Esquivel Obregón comunicaron por telégrafo a Limantour la decisión de Madero en estos términos: Venimos a ver a Madero. Afirmase condiciones para armisticio entrega Ciudad Juárez, renuncia del señor Presidente. Presidente interino De la Barra. Madero manifiesta que con otras

condiciones no será obedecido por la Revolución. Suspendido ataque Ciudad Juárez hasta mañana. ¿Qué hacemos? Y Limantour repuso: Después de espontáneos y patrióticos esfuerzos de ustedes tan mal correspondidos por revolucionarios, nada veo que pueda hacerse por ahora. Y en efecto, nada se hizo por el momento sino exacerbar los ánimos de los dos bandos que se azuzaban desde las barricadas de Ciudad Juárez y desde las trincheras de costales de arena con que Madero había mandado cercar la plaza.

Además la población civil de Ciudad Juárez empezaba a inquietarse cada vez más, día a día, con un ejército a sus puertas y otro adentro, a punto de entablar combate en un descuido, al tiempo desde El Paso los norteamericanos amenazaban con intervenir con las armas para defender sus bienes las vidas de sus conciudadanos en caso de que hubiese guerra en la misma línea divisoria internacional.

Ante estas circunstancias y después de haber estudiado concienzudamente el caso, Madero decidió aceptar un armisticio de cinco días, a partir del 23 de abril, durante el cual se procuraría llegar a un entendimiento con los emisarios del dictador, y para el efecto fueron girados las partes de guerra de ambos bandos.

Para entonces el presidente Díaz, en uno de los pocos momentos lúcidos que tenía dentro de la gravedad de los males que le aquejaban, el mayor de los cuales era una persistente fluxión facial, ordenó a Limantour que designara como su representante personal ante los revolucionarios, y lo enviara a Ciudad Juárez para tratar oficialmente con ellos, al licenciado Francisco Carbajal, magistrado de la Suprema Corte de justicia.

Llegó Carbajal al campamento de Madero bien instruido por Limantour sobre lo que debía de hacer, y se reanudaron con él las gestiones en el curso de las cuales los revolucionarios exigieron nuevamente la renuncia de Porfirio Díaz y además: que se propusiera para cuatro secretarías de Estado y para gobernantes de catorce entidades federativas - entre ellas las del Norte - a personas de procedencia netamente revolucionaria y también que se hiciera efectivo y consciente el voto público; que se diese libertad a los presos políticos y se suspendiera toda persecución política y que se expidiera un decreto de amnistía para los revolucionarios, los cuales debían ser indemnizados.

Los representantes del Porfirito se negaron rotundamente a aceptar aquellas proposiciones, bien instruidos como estaban, desde México, por Limantour y por Jorge Vera Estañol -a la sazón encargado de la cartera de Gobernación - que diariamente celebraban consejo de ministros en la misma recámara donde el dictador seguía postrado atendido por sus médicos de cabecera. De aquella recámara donde el César parecía agonizar, había partido esta orden de Carbajal: Deben desecharse completamente las exigencias relativas a la composición del ministerio, pues es asunto en el que el señor Presidente no puede admitir la injerencia de nadie.

En la abundante correspondencia que se cruzó en aquellos días entre el licenciado Francisco Carbajal y Limantour, puede apreciarse cuál era el pensar de los porfiristas respecto a los pretendidos arreglos con los revolucionarios: Se aprueba actitud de usted al negarse a discutir renuncia al señor Presidente, pues es punto respecto al cual el Gobierno no puede admitir decorosamente que se impongan condiciones... Preciso es que convengan a los revolucionarios que la renuncia no puede ser materia de pacto y que deben arenarse a los que el Presidente resuelva hacer obre el particular..

UN EMOTIVO 5 DE MAYO.-

Al amanecer del 5 de mayo de 1911, un alegre toque de diana despertó a las fuerzas maderistas que se hallaban acampadas enfrente de Ciudad Juárez. Y a poco, en perfecto orden de formación, desfilaron uniformadas de la mejor manera posible, delante de una mesa puesta a campo raso y

desde la cual don Francisco I Madero y sus consejeros, entre ellos muy serios don Venustiano Carranza y don José María Pino Suárez, presidían la conmemoración del cinco de mayo de 1862, fecha en que las tropas mexicanas se cubrieron de gloria al derrotar a las francesas en la memorable batalla de Puebla.

Madero no había querido dejar pasar inadvertida aquella fecha, que celebró modestamente pero con gran emotividad, para fortalecer el ánimo de sus soldados.

Un improvisado trompeta vació sus pulmones con los aires de una marcha de honor, y los músicos tocaron el Himno Nacional. Y como el punto está colmado de esperanzas, el momento tuvo caracteres e solemnidad. De no pocos ojos brotaron lágrimas. Don Francisco, con la cabeza en alto, parecía como si lo aureolara la victoria.

A esa misma hora, más o menos, en la ciudad de México, después que hubo terminado el desfile militar con que también se conmemoraba la batalla del Cinco de Mayo, el Presidente de la República mandó llamar a don José Yves Limantour y se dolió con él profundamente de la alarmante situación en que se hallaban las fuerzas federales en la frontera, y de la ineficacia de los esfuerzos que se hacían para aumentar el ejército.

Me pidió que le redactara un proyecto de manifiesto a la Nación convocando al pueblo a tomar en defensa del orden público, de las instituciones y del Gobierno establecido, en la inteligencia de que si la Nación no le dispensaba su confianza, como lo había hecho en otras ocasiones de su vida, dejaría la Presidencia.

Limantour se dispuso a preparar el texto del manifiesto cuya parte sustancial se refería a la muy pensada renuncia. Para ello, sacudió a don Rosendo Pineda destacado científico, quien redactó lo concerniente a la renuncia en estos términos: El Presidente de la República, que tiene la honra de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del poder, y lo hará en la forma decorosa que conviene a la Nación, y como corresponden un mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su Patria y servirla con lealtad.

El texto no agradó del todo al dictador, así que hubo de hacerse una enmienda, referente, desde luego, a la temida renuncia, habiendo quedado definitivamente así: SE RETIRARA ,Si, DEL PODER CUANDO SU CONCIENCIA LE DIGA QUE AL RETIRARSE NO ENTREGARA AL PAÍS A LA ANARQUÍA.

Y en tanto que el general Porfirio Díaz discutía con su conciencia cuál sería la hora apropiada para renunciar a la Presidencia de la República, a los revolucionarios que tenían cercada a Ciudad Juárez, comenzaban a dudar de la seriedad y limpieza de propósitos de los emisarios del dictador, como lo cinco días de armisticio ya estaban vencidos la situación se hizo insostenible.

Entre tanto, el calor agobiante embotaba a los guerrilleros que hacía más de quince días estaban apostados delante de Ciudad Juárez. A la inactividad se sumaba la falta de víveres y la reducida provisión de cartuchos, cosas que provocaban no pocas discusiones violentas entre los oficiales de Madero. Pesaba sobre las fuerzas revolucionarias una tensión evidente, que parecía resumiese y concentrarse en la figura del propio Madero, cuando iba y venía durante mucho rato frente a la Casa Gris con las manos a la espalda y mirando al suelo como si su cabeza se doblara bajo el peso de enormes preocupaciones.

El jefe de la Revolución tenía motivos para estar preocupado y aun sentir un creciente malestar. Porque las gestiones de paz se prolongaban estérilmente, y al mismo tiempo sus propios correligionarios tenían dificultades para ponerse de acuerdo con los términos del convenio que se quería negociar con los porfiristas. Estos, por otra parte habíase demostrado que estaban dispuestos a impedir a toda costa que los revolucionarios llegasen a formar parte del gobierno, aún después de la renuncia de Porfirio Díaz.

EL INTRANSIGENTE.-

En una de aquellas noches de largas y tediosas con Braniff, Esquivel Obregón y Carbajal, a las que asistían asesorando a don Francisco su padre, el señor Madero, el doctor Francisco Vázquez Gómez, don Venustiano Carranza y el licenciado José María Pino Suárez, Braniff se extendió sobre el peligro de la intervención americana, la que indudablemente sobrevendría si los revolucionarios atacaban Ciudad Juárez, pues las balas lloverían también sobre El Paso, causando perjuicios a los ciudadanos del otro lado del río. Madero, alzando un pie sobre una silla y apoyándose sobre el respaldo de la misma lo interrumpió con vehemencia:- ¿la intervención? ¡También combatiremos a los invasores! ¿Por ventura ha de permanecer el pueblo mexicano esclavizado por déspotas, hijos de su propio suelo, por temor de que vengan tiranos extranjeros a arrebatarle una libertad de que no disfruta y una irrisoria soberanía? ¡Si los Estados Unidos intervienen, ustedes y no nosotros serán los culpables y los que habrán acarreado mal tan grande a la República, pues nosotros únicamente buscamos nuestra libertad, en tanto que ustedes se aferran en mantener al pueblo en la esclavitud!

Alguien habló de la renuncia de los señores Díaz y Corral y de un gobierno mixto en que la Revolución estaría representada por cuatro ministros y catorce gobernadores; y de improviso, un hombre como de cincuenta años, que desde el principio de la reunión se le había situado en un ángulo del local donde la luz de la lámpara no alcanzaba a iluminar, irguió su talla, mostrando su rostro de enérgicas líneas ornado por una barba luenga y entrecana:

Nosotros, los verdaderos exponentes de la voluntad del pueblo mexicano exclamó aquel hombre con voz poderosa - no podemos aceptar - las renunciaciones de los señores Díaz y Corral porque, implícitamente, reconoceríamos la legitimidad de su gobierno, falseando así la base del Plan de San Luis Potosí. la Revolución es de principios: la Revolución no es personalista, y si sigue al señor Madero es porque enarbola la enseña de nuestros derechos; y si mañana, por desgracia, este lábaro santo cayera de sus manos, otras cien manos robustas se apresurarían a recogerlo. Así nosotros no queremos ni ministros ni gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la nación. ¡Revolución que transa es Revolución perdida!. Las grandes victorias sociales sólo se llevan a cabo por medio de victorias decisivas. Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres y pretendemos encauzar la reforma por la senda de una ficticia legalidad, pronto perderemos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la dictadura. las revoluciones para triunfar de modo definitivo, necesitan ser implacables. ¿Qué ganaremos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarían sus amigos en el poder, quedará el sistema corrompido que hoy combatimos; el interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura; al lado de esa rana podrida, el elemento sano de la Revolución, se contaminaría; sobrevendrán días de lucha y miseria para la República; el pueblo nos maldeciría. porque por un humanitarismo enfermizo, por ahorrar unas cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios. Lo repito: ¡la Revolución que transa se suicida!. El hombre que hablaba con tal vehemencia era don Venustiano Carranza.

Un sordo malestar va invadiendo las filas de los jefes revolucionarios ante tantas discusiones y puntos de vista diferentes. Para evitar que ocurran rompimientos que serían de gravísimas consecuencias, y también a fin de no dar ocasión a que las tropas norteamericanas hagan violencia

presión para impedir daños en su territorio, don Francisco I. Madero decide la mañana del 7 de mayo levantar el campamento y retirarse de las inmediaciones de Ciudad Juárez, para dirigirse hacia el sur, tal vez a atacar la ciudad de Chihuahua.

Don Francisco está a caballo, Doña Sara aborda un guayín; la acompaña el señor Pino Suárez. Don Abraham González también calza espuelas. El coronel Francisco Villa marchará a la vanguardia. Pascual Orozco levantará sus fuerzas que están frente a Juárez, y tiene órdenes de concentrarse en un punto de vigilar los puestos del enemigo. José Garibaldi y Roque González Garza se han adelantado al señor Madero para organizar la transportación de revolucionarios a bordo del ferrocarril los últimos en despedirse del presidente provisional son don Venustiano Carranza, quien dirigirá la Revolución en Coahuila; don Manuel Bonilla, comisionado del gobierno de Sinaloa y don José María Maytorena, quien tiene instrucciones para dar vuelos a la revuelta de Sonora.

Muy temprano aquel día, un ayudante personal de don Francisco I. Madero había andado por el campamento repartiendo muchas provisiones entre la tropa y diciéndoles que ya se podían retirar todos cada quien a su casa, porque ya se había terminado la Revolución.

Extrañados y sorprendidos por lo que les acababan de informar, emprendieron la marcha, unos a caballo y otros a pie, siguiendo un camino paralelo a la línea divisoria.

Habrían caminado unos diez kilómetros cuando fueron alcanzado por unos emisarios de Pancho Villa, que les instaban a regresar porque ya se iba a comenzar el ataque: -¿No se vayan compañeros ,regresen, ya vamos a comenzar la pelea contra los pelones. Villa nos llama, nos necesita; ahora sí es la verdad, ya vamos a pelear!...

¿Qué había ocurrido? Que Madero ya de salida, se enteró por los periódicos de El Paso, Texas, de que el presidente Díaz había publicado un manifiesto en el que hablaba de renunciar a la Presidencia de la República, lo que le hizo pensar que el camino se había allanado para el triunfo de la Revolución. Así pues, determinó volver a situarse frente a Ciudad Juárez a esperar que los emisarios de Porfirio Díaz vinieran con la noticia formal de la renuncia, y con la aceptación de las condiciones puestas por los revolucionarios para cesar con la hostilidades.

Pero los acontecimientos se precipitaron en forma inesperada, afirmando, hasta el final y como lo ha comentado un autor, que la toma de Ciudad Juárez es un remedo de la legendaria captura de Troya por los griegos---

FRANCISCO I. MADERO

Algún día, los espíritus más excelsos se conmovieron hasta el éxtasis de la ideal perfección de Madero, dijo el conocido escritor Pedro Lamicq (Cráter). Efectivamente, el jefe de la Revolución de 1910 hizo gala de grandes virtudes que aún muchos no alcanzan a comprender.

El valor de la Constitución de 1857 en la Historia y en el Derecho.

Por: *Adalberto E. Guillen*

El pueblo de México ha tenido una perenne devoción por el Derecho. Desde el histórico documento público intitulado *Sentimientos de la Nación Mexicana*, antecedente jurídico de la Constitución de 1814, a través de todas las incidencias de su vibrante historia, ha proclamado su austera voluntad de moderar su existencia en el augusto molde de la Ley. Ni los avatares de su destino, ni la prolongada angustia que le impuso la conquista de su libertad, pudieron jamás destruir el altivo pedestal de su fe en el Derecho.

En el otro de la articulación nacional, la inteligencia mexicana concibió el imponderable valor del Derecho; su propia experiencia entre un régimen jurídico, en el que la norma anterior al hecho regula la conducta del hombre, y un régimen de poder, en el que prevalece la voluntad incontrolada del dictador. Toda la historia de nuestra Patria se halla vinculada al venturoso anhelo del pueblo mexicano de constituirse orgánicamente como nación bajo la égida radiante de la ley.

La insurgencia dio al País en los albores del siglo XIX la primera Constitución Política en la que ebullía el amor a la libertad. La Constitución de Apatzingán, tuvo vida efímera porque los Tratados de Córdoba derogaron su breve vigencia, Iturbide, hombre desproporcionadamente pequeño para la magna obra a que parecía llamarle su destino, refrendó el ideal de independencia nacional, pero traicionó el sentimiento de la Nación instituyendo para satisfacer su vanidad personal una ridícula monarquía que lo consagró como Emperador. El dosel imperial no era de su medida, aunque su apellido fuese propicio para discernimientos monárquicos. Cerca de medio siglo después Maximiliano nombró heredero de su trono al pequeño nieto de Agustín I.

La exótica forma de gobierno no perduró; no podía perdurar en un país que acababa deliberarse de la monarquía. En 1823 el pueblo de México reanudó el viejo diálogo constitucional que había iniciado en 1814. Se convocó a un nuevo Congreso Constituyente y el 4 de octubre de 1824 se promulgó la primera Constitución que instituyó el gobierno federal en la República, fijó la división de poderes y consagró alguna garantía individual, aunque lamentablemente proclamó la intolerancia religiosa y sostuvo los fueros. En el debate substancial sobre la forma de gobierno triunfó el pensamiento federalista del ilustre coahuilense Don Miguel Ramos Arizpe sobre las ideas centralistas tan talentoso regiomontano Servando Teresa de Mier.

La vigencia del Federalismo de México suscitó la enconada discordia de los empecinados monarquistas. Ante la inutilidad de todo esfuerzo de encontrar una testa real para coronarla, optaron por simular un vehemente centralismo que encontró a su más denodado paladín en el general Santa Anna, hombre poseído de un patológico delirio de poder.

El Centralismo victorioso dio al país la extravagante Constitución de 1836, destruyendo de paso todo vestigio de régimen federal; pero este absurdo jurídico culminó con la Constitución de 1843 en la que se consagró el despotismo constitucional. El devenir de nuestra Patria condujo, en breve lapso de un tercio de siglo, a las formas más desímbolas de gobierno y a las más contradictorias normas de derecho Público; sin embargo la historia iba depositando en la conciencia de México el germen de una nueva doctrina humana: De la insurgencia surgió el pensamiento liberal mexicano.

La ominosa dictadura santanista había llenado de oprobio al País; ningún derecho individual se reconocía; la vida, la libertad, la propiedad y aún la honra estaban a merced de aquel señor de los hombres dueños de todo, arbitrio de la sociedad.

Nuevamente apareció la necesidad de una Constitución que consagrara un conjunto de garantías individuales y limitara la órbita de acción del poder público. El Plan de Ayutla acogió este anhelo popular y se propuso derrocar a Santa Anna y que un nuevo gobierno convocara a un Congreso Constituyente. El Plan de Ayutla es el prolegómenos de la Constitución de 1857 cuyo centenario se-cumple hoy.

Hace cien años, en un día como este y casi a esta misma hora, en el trigésimo séptimo año de la Independencia Nacional, el Congreso Constituyente convocado por el pueblo de México juró la Constitución Política de 1857. Al promediar el día 5 de febrero de aquel año se inició la solemne sesión en que se produjo el juramento de la nueva Constitución. José María Mata comenzó a leer con gravedad juvenil la minuta del histórico documento. Al mismo tiempo el texto era cuidadosamente cotejado con los ejemplares autógrafos por el ilustre poblano Juan de Dios Arias y por el distinguido Diputado por el Estado de Oaxaca José Antonio Gamboa. Minutos más tarde el Excelentísimo señor Presidente de la República don Ignacio Comonfort juró la Constitución pronunciando las siguientes palabras: Está realizada la más importante de las promesas que hizo a los mexicanos la revolución de Ayutla; queda jurada la constitución Política de la República, decretada por el Congreso de 1856. Desde que los heroicos esfuerzos de nuestros padres conquistaron la independencia de la Nación, su principal necesidad ha sido constituirse, y tal vez la falta de un Código adecuado a las circunstancias del País, ha sido la Verdadera causa de frecuentes y lamentables desgracias. Reconociendo esta causa, los pueblos han buscado el remedio de sus males en una nueva carta fundamental que les asegurase el goce de los derechos sacrosantos, eternos e imprescriptibles con que los dotó la mano bienhechora del Creador... Quiera el Ser Supremo, árbitro de los destinos de los hombres y de las Naciones que la discordia desaparezca para siempre de entre nosotros; que unidos caminemos todos por el sendero de la justicia y de la verdad; y que lleguemos a asegurar el porvenir de nuestros hijos con unas instituciones que los hagan vivir felices en medio de los grandes bienes y de las delicias de la paz.

La nueva Constitución fue promulgada el 12 de febrero de 1857; y hoy a una centuria de distancia el pueblo de México, en un acto de reconocimiento singular, proclama que el hecho transcendental de que en la Carta Magna del 57 se hayan adoptado los derechos del hombre como la base y el objeto de las instituciones sociales, fue el más venturoso progreso del Derecho constitucional mexicano. La insigne Constitución de 1857 consagró la libertad humana, la libertad de enseñanza, de trabajo, de palabra y de asociación; suprimió los fueros y garantizó la propiedad privada, elevando el Amparo a la jerarquía de institución constitucional para asegurar el pleno disfrute de los derechos individuales. Esta última cita nos obliga a unir en este homenaje al ilustre creador del juicio de Garantías en México, al egregio don Mariano Otero que desde 1847 había formulado las bases del Amparo superando el Writ of Habeas Corpus que le había servido de modelo.

los Constituyentes de 1857 cumplieron leal y patrióticamente el compromiso solemne que contrajeron con el pueblo de México. Merecen bien de la Patria. En esta singular conmemoración están presentes, en el recuerdo y en la gratitud, Ponciano Arriaga y José María Mata, Francisco Zarco y Justino Fernández, Mariscal y Vallarta, el íntegro Santos Degollado y el distinguido Diputado por Coahuila don Simón de la Garza Melo. Al evocar sus nombres evocamos una radiante epopeya del Derecho constitucional mexicano, los derechos del hombre que consagró la Constitución de 1857 no han sido todavía superados; la Constitución de 1917 al reafirmarlos,

esculpió el mejor homenaje a su ilustre antecesora y ambas unidas a la Constitución de 1824 formaron el tríptico del federalismo mexicano, antorcha que ha iluminado los senderos de la Patria.

El pueblo de México cumple una vez más un limpio deber de gratitud; y al proclamar su reconocimiento a la espléndida obra jurídica de los Constituyentes, expresa su devoción por los paladines de la Reforma, hombres extraordinarios que tuvieron la más clara visión del destino de nuestra patria intuyendo su vocación por la libertad y por la justicia.